

F VERGARA
166

382

~~I 38~~

✓

2-1

~~REPUBLICA DE COLOMBIA~~

23

BIBLIOTECA NACIONAL

OBRA

No.

23

ANAQUEL

No.

ESTANTERIA

No.

SALA

No.

2 ✓

MATERIA

No.

ENTRO EL

No.

BOGOTA,

Forrolo
Vergara # 166

5

~~SA~~

MANUAL

DE LA BUENA COMPAÑIA,

Ó

EL AMIGO DE LA CIVILIDAD, DE LAS CONSIDERACIONES, DEL BUEN TONO Y DE LA DECENCIA.

POR

El Dr. Manuel Ananias Menéndez.

DEDICADO A LA HONORABLE DIPUTACION DE
LA PROVINCIA DE CARABOBO.

PRIMERA EDICION.

VALENCIA

JOSÉ M. VERGARA I. V.
BOGOTA

IMP. NUEVA: A CARGO DE N. CARRASQUERO.

1851.

MANUAL
PRIVILEGIO EXCLUSIVO.
DE LA BUENA COMPAÑIA

JUAN BAUTISTA ARISMENDI, GOBERNADOR INTERINO DE LA PROVINCIA DE CARABOBO.

Hago saber: que el Sr. Doctor Manuel Atanasio Menéndez se ha presentado ante mí reclamando el derecho exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado, y es como sigue: "MANUAL DE LA BUENA COMPAÑÍA, Ó EL AMIGO DE LAS CONSIDERACIONES, DEL BUEN TONO Y DE LA DECENCIA;" y habiendo prestado el juramento requerido, le pongo por la presente en posesion del privilegio que concede la ley de 19 de Abril de 1839, por la cual él solo podrá publicar, vender y distribuir la expresada obra por la primera vez respecto de cada edicion ó publicacion que de ella se haga durante el tiempo de su vida y catorce años despues de su muerte en el caso de dejar viuda ó hijos.

Dado en Valencia á once de Febrero de mil ochocientos cincuenta y uno: año 22 de la ley y 41 de la independencia.

JUAN BAUTISTA ARISMENDI.

El Secretario,

RAMON SANDOVAL.

1851

REPÚBLICA DE VENEZUELA.

Valencia 29 de Noviembre de 1851: año 22 de la ley y 41 de la independencencia.—Diputacion provincial de Carabobo.—Núm. 72.—

Sr. Dr. Manuel Atanasio Menéndez.

La H. Diputacion en su sesion ordinaria de ayer se ha servido aprobar el siguiente informe.

“La comision de peticiones se ha impuesto detenidamente y con placer de la obra titulada el Manual de la buena compañía dedicado por el Dr. Manuel Atanasio Menéndez á esta Honorable corporacion. La obra, ó mas bien dicho, el Manual, contiene no solamente todo lo necesario para la educacion de los niños que deben enseñarse en las escuelas; sino que tambien es de grande utilidad para los jóvenes, y aun para los viejos. El expresado Manual manifiesta con sencillez la práctica que en la urbanidad social y religiosa debe seguirse.—La provincia de Carabobo no habia tenido hasta ahora una obra tan completa en su línea para enseñar la urbanidad á la juventud; y por lo mismo la comision opina.—Primero: por que se acepte la dedicatoria hecha á esta H. Diputacion por el Dr. Manuel A. Menéndez dirigiéndose la contestacion de estilo; y—Segundo: por que siendo conveniente el Manual referido para la enseñanza de la urbanidad en las escuelas de ambos sexos, materia mandada enseñar como

indispensable por la Ordenanza de 30 de Noviembre de 1848, se acuerde por la H. Diputación: "Que el Manual referido sirva en adelante de texto para enseñar la urbanidad en todas las escuelas de la provincia." Valencia Noviembre 28 de 1851.—*Pedro González.—Luciano Hidalgo.*

Y lo trascibo á U. para su satisfaccion, y en contestacion á su nota de 5 de Octubre último.

Soy de U. atento servidor.

PEDRO GONZALEZ.



MANUAL

DE LA BUENA COMPAÑIA.

PARTE PRIMERA.

De la civilidad y de sus ventajas.

§ 1.º

INTRODUCCION.

La verdadera civilidad en uso entre las personas bien nacidas no está siempre acompañada de los laudables sentimientos que ella anuncia; pero al ménos disimula su imperfeccion. Es frecuentemente un barniz que sirve para hacerla soportar. La introduccion (1) de las leyes de la civilidad debe necesariamente disminuir nuestro pesar sobre los tiempos que la han precedido.

(1) La época del restablecimiento de las leyes de la civilizacion en Francia es de una antigüedad tan respetable, que seria imposible quizá fijar el tiempo en que no haya hecho parte del carácter distintivo de aquella nacion. Los sabios Benedictinos que nos han dado la his-

La afabilidad que hoy poseen con orgullo los franceses es una virtud á la cual no se debe renunciar jamas. Ella hizo nacer la amable cortesía que se practica desde el brillante siglo de Luis XIV, y que ha dado al comercio de la vida la dulzura y el agrado, la elegancia y el encanto que no pueden ser bien apreciados y sentidos sino por las personas que los gozen. El extranjero que ha visto y observado las diferentes naciones, puede llevar á su patria sentimientos de estima por los pueblos donde ha vivido; pero siempre admira y aprecia las maneras llenas de afabilidad y de gracia que solo ha encontrado en Francia.

¿Qué cosa mas propia en efecto para dar una idea elevada de nuestras costumbres, que el recibimiento noble y afectuoso, la alegría decente y el aire franco y desinteresado con que las personas bien nacidas se acogen mutuamente? La civilidad da gracia á todas las virtudes, las hace amables, inspira el deseo de practicarlas. (2) Qué encantos

toria literaria de Francia, refieren en el tomo segundo página 27 el testimonio de Agathias, que dijo que los primeros habitantes de las Galias estaban llenos de humanidad, y que se distinguian por las maneras civiles con que acogian á los extranjeros.

(2) Para hacer estas verdades sensibles, echemos una

no deben tener estas cuando las gracias contribuyen á embellecerlas.

§ 2.º

Carácter de la verdadera decencia.

“ La civilidad, dice Duclos, es la expresion
 “ y la manifestacion de las virtudes sociales.
 “ Segun Labruyére, el espíritu de la civilidad
 “ consiste en hacer que por nuestras palabras
 “ y nuestras maneras los otros estén conten-
 “ tos de nosotros y de ellos mismos.”

Ser político es decir y hacer todo con gracia, y de una manera obsequiosa. ¡Qué mas lisonjero para nosotros que hacer á nuestros amigos aplaudir nuestros pensamientos, sentir con nosotros, excusar nuestras debilidades, ser atentos previniendo nuestros deseos, buscar ingeniosamente lo que pue-

ojeada sobre dos personas supuestas igualmente virtuosas, pero que la una adorna sus virtudes con el bello exterior de la civilidad, y la otra no ofrece sino el de la rusticidad y la grosería. La diferencia se manifiesta al primer golpe de vista: nuestro corazón no se detiene en decidir á favor de aquel de los dos virtuosos que parece mas amable. Un devoto brutal hace en cierto modo la devocion odiosa, y una persona modesta, piadosa y política ejerce una grande influencia sobre los corazones para excitarlos á seguir su ejemplo.

de agradarnos, alejar de nosotros cuanto sea posible todo objeto de tristeza, preferirnos con frecuencia á ellos mismos, y buscar en fin todos los medios de hacernos felices? Estos rasgos caracterizan igualmente la política francesa, y las virtudes que pertenecen al espíritu de la sociedad.

Las leyes de la moral imponen al hombre que vive en sociedad el deber de ser prudente, discreto, reservado, indulgente con las imperfecciones y aun los defectos de los otros, severo con sus propias debilidades, respetuoso para con sus superiores, lleno de bondad para con sus inferiores, y siempre pronto á manifestar estimacion á sus iguales. Si es bastante afortunado para reunir á estas cualidades una inteligencia delicada, tan opuesta á la duplicidad como á la impudencia, y el arte de colocar sus beneficios con eleccion y discernimiento, de hablar y callarse, y de obrar con reflexion, no habrá persona que no le solicite: encontrará siempre cerca de él nuevos encantos; nadie creerá estar bien sino con él. Tal es la teoría de que es práctica la civilidad francesa.

Una persona política siempre nos tiene contentos: ningun embarazo, ninguna contrariedad experimentamos con ella. Pueden no

aceptarse sus ofertas sin que se ofenda, y sin que nos obligue á ello con groserías. Con ella se puede manifestar una opinion contraria de la suya haciéndolo con libertad. La civilidad entre los grandes se despoja de la ostentacion que acompaña con frecuencia á la dignidad; deja á un inferior hablar, obrar y conducirse sin timidez; le ayuda á expresarse, é interpretar favorablemente lo que en él solo es falta de saber; ella indica los límites del respeto; y aun no hace caso á los desvíos cuando no se conoce una intencion dañada.

En un hombre bien educado y noble, los discursos, los modales, el modo de vivir, todo anuncia una civilidad que es aun ménos la de una persona del gran mundo que la de un hombre oficioso, y que ama hacer el bien. La aspereza, ó si se quiere, la fiereza solo se encuentra en los hombres mediocres, amigos de los pequeños recursos y de una vana representacion: un grande hombre, un héroe sabe ordinariamente ser simple y humano; mientras mas grande es, mas ignora el arte y la afectacion de parecerlo.

“Los grandes talentos ilustran á un hombre dice Chesterfield; un mérito brillante le hace respetar; un profundo saber le adquiere la estimacion: la civilidad le gana las caricias.”

§ 3.

Cualidades esenciales de la decencia.

Una de las cualidades de la civilidad es interesarse en la suerte de sus semejantes: cuando se nota que pueden necesitar de nuestros socorros, es necesario que nos apresuremos á aliviarlos. De resto, nadie puede dirigir miradas curiosas sobre lo que concierne á su vecino. Algunos se contentan con ofrecimientos generales de servicios que solo tienen intencion de cumplir si las circunstancias lo permiten. El amigo va á solicitar un magistrado, ó á pedir con instancia un empleo, una gracia para su amigo. [3]

El hombre político, cuando sus circunstancias no le permiten ser liberal, es siempre afable y gracioso. Su acogida viene á ser casi tan agradable como el beneficio que rehusa: nada de lo que pueda probar la buena voluntad omite. De aquí resultan las

(3) Hay sin embargo personas indiscretas que piden cosas imposibles ó injustas, y que en seguidas se ofenden de la repulsa. La historia cita sobre este punto á Rutilices, á quien un amigo le dijo con furia. “¿Qué necesidad tengo de vuestra amistad, si no haceis lo que os exijo?” el romano le contestó en el mismo tono: “¿Y qué necesidad tengo de la vuestra, si es necesario para conservarla que yo obre contra las leyes de la virtud?”

atenciones delicadas, el cuidado de dulcificar una repulsa, y de probar que se rehusa con sentimiento; en fin, la manera de obligar preferible al beneficio mismo. La civilidad no permite que se esperen largo tiempo los buenos oficios; como obliga de buena voluntad, merece doble reconocimiento. ¿ Se tiene necesidad de un consejo? no se encuentra en el hombre político la afectacion de una gravedad seria que embaraza y desconcierta: el hombre político escucha, reflexiona, responde y hace ver en todo que se interesa por el que lo pide; consiste en que la beneficencia es en él el origen de la civilidad. Esta virtud que emana de una alma noble nos conduce á hacer felices á cuantos nos rodean. Da á nuestros modales y á nuestras expresiones algo de afectuoso, y hace que evitemos lo que pueda despertar en los otros recuerdos fastidiosos. Ella excusa las opiniones que no son las nuestras, y tiene cuidado en no humillar las pretensiones de persona alguna.

Si tenemos un acontecimiento feliz, cada uno se apresura á regocijarse con nosotros: no vemos en los que se nos acercan sino nuestros risueños. Esta alegría exterior aumenta nuestra felicidad. Se sabe por el contrario que una persona está afligida, se corre á par-

ticipar de su aflicción, se hacen esfuerzos para consolarla; y lo que sobre todo la dispone más á ello, es el dolor ó la tristeza que observa en los amigos que le rodean. Se enternece por la pena de que estos están penetrados, y esta sensación mitiga considerablemente el sentimiento que sufre.

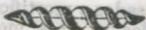
Se comete una falta entre personas políticas, fingen no notarla, ó advierten diestramente al que la ha cometido, para evitarle la confusión que puede experimentar. La política ordena que, permitiéndolo la razón, todo sea común entre amigos, y que en la sociedad cada uno se aplique á conformarse al gusto de las personas con quienes se encuentra. La política en fin quiere que en su círculo solo se respire la comodidad, la nobleza y la gracia.

Cuando el hombre político se encuentra con una persona que le es superior, no conoce ese pueril orgullo que trata de salvar las diferencias que el uso ha consagrado. Circunspecto con sus superiores, observa una postura más seria, pero acompañada de la serenidad de una alma virtuosa que se conforma con lo que es. Esta virtud (porque es una) hace no solamente que con ellos no se tengan modales diligentes ó fingidos, que le son igualmente incómodos, sino que se les

guarden mas consideraciones de las que pudieran desear.

Quando se trata de obedecerles se manifiesta el mayor celo. Si dan un aviso ó un consejo, se recibe con la expresion mas respetuosa; y si sucede que uno se vea obligado á no pensar como ellos, las razones que se dan son motivadas dulcemente, articuladas en términos tan corteses, y acompañadas de movimientos tan respetuosos, que se concluye siempre por ser oído, haciendo triunfar la justicia y la razon.

Al mismo tiempo que la política se sirve del arte para manifestar sus afecciones; es incapaz de traicionar la verdad. Conservando siempre su dignidad en medio de sus demostraciones, jamas se envilece por la adulacion: evita las alabanzas fastidiosas lo mismo que las censuras indiscretas, y se coloca en un justo medio entre la falsedad, que siempre es baja, y la áspera franqueza que por lo regular ofende. Concluyamos de aquí que para ser verdaderamente político se necesita siempre ser á la vez honrado, caballeroso, galante y hombre de buena compañía.



§ 4.º

De las formalidades de la política. De la afectación. Observaciones esenciales.

Hay personas que ofenden naturalmente ciertas formalidades de la política. Sin duda la decencia impone algunas sujeciones; pero la práctica las facilita. El buen tono ó el saber vivir dependen de la observacion y del hábito. La observacion nos hace atentos á los usos de la sociedad, el hábito nos los hace familiares y naturales. El sexo, la edad, la profesion, el carácter y el lugar nos imponen otros tantos deberes diferentes, que llenamos sin trabajo cuando la práctica nos los ha hecho habituales. La censura que puede permitirse de estos diferentes deberes cae, no sobre la política, sino sobre las personas que abusan de ella. La desnaturalizan por una gerigonza particular y por maneras afectadas que desagradan siempre, y algunas veces indignan. (4)

(4) En lo que se llama buena compañía no se encuentra ese miserable y ridículo manejo de gestos, arrumacos y cumplimientos pesados y mortificantes, esas reverencias torpes y multiplicadas, y otros modales fastidiosos que á la larga son desagradables, y que las personas poco instruidas miran como atributos esenciales de la política,

Sucede á la política lo que al ingenio. Ciertas gentes cuyo gusto no es muy puro, se han imaginado que el ingenio consiste en una jerga sutil é ininteligible para los mismos que la emplean, y del todo contraria á la sabiduría de la razon y á las gracias de la bella naturaleza. Estas personas no han considerado que un mono no es mas propio para representar un hombre perfecto, que el pretendido ingenio y la falsa política lo son para expresar las excelentes cualidades que adornan á la verdadera, y lo único que hacen es cubrirse con su máscara.

La idea que se ha tratado dar de la política en los artículos precedentes, solo es un bosquejo imperfecto, pero fielmente amoldado á lo que se observa en la buena sociedad entre personas distinguidas por su mérito y verdadero ingenio. Esta es la política que encanta á los extranjeros: ellos conocen perfectamente que lo que con frecuencia se les vende por modales franceses, no tiene ese tono de amabilidad, esas gracias naturales y llenas de atractivos que se ganan el corazon, y hacen con frecuencia envidiar á las otras naciones las felices disposiciones de aquella.

miéntras que en ella todo debe ser fácil, sencillo, amable y sin afectacion. En otra ocasion hablaremos aun de los malos efectos de los modales afectados.

¿ Por qué los ingleses han conservado tan largo tiempo preocupaciones contra la política francesa ? Es que ellos han hecho el honor de calificar de franceses un número prodigioso de extranjeros, la mayor parte andariegos y aventureros, que se han establecido entre ellos para enseñar aquel idioma, y dar á la nobleza j6ven de ambos sexos una bella educacion que ellos mismos jamas habian tenido. Se confesará que tales maestros tienen un grande interes en la reputacion de su talento lucrativo para no pronunciar atrevidamente sobre el buen uso. Se les cree bajo su palabra, porque no se está al alcance de juzgar sobre los defectos de su método. La vista de algunos tristes elegantes que ántes se llamaban *petits-maitres*, especie tan despreciable como despreciada en Francia y en todas partes, ha aumentado aun la idea poco justa que se habia formado de sus usos por los modales é instrucciones de esos aventureros, la mayor parte de los cuales sin nacimiento, como sin educacion, no habian frecuentado sino sociedades muy poco á propósito para inspirarles la política.

§ 5.º

La verdadera civilidad exige que se respete á todo el mundo.

Para vivir bien con todo el mundo, es necesario no faltar á nadie. Cada uno tiene el sentimiento de su propia dignidad, y el amor propio no sufre que se le hiera. No se tiene siempre la grandeza de alma suficiente para sufrir una injuria. El orgullo ofendido difícilmente perdona una personalidad. Se debe siempre estar en guardia, y tomar las mayores precauciones para no molestar ni enfadar á persona alguna.

Se cubriría de un justo y eterno oprobio el que ultrajase la tímida vejez, que solo puede defenderse con su debilidad y enfermedades. Al viejo debe mostrársele una gran deferencia, cedérsele siempre el lugar mas honroso, y tratar de no contradecirle jamas. Cuando alguno se crea con el derecho de hacerle observaciones, debe verificarlo con una moderacion respetuosa, que léjos de indisponerle, le inspire una dulce confianza, y le obligue á escucharle favorablemente.

El que se burla de un viejo, le insulta y le desprecia; el ofendido no tiene fuerzas para vengarse y rechazar el ultraje. El agresor es

un cobarde, y falta á los primeros deberes de la justicia y de la urbanidad.

Hay algunos ancianos de mal humor y atrabiliarios; pero estas faltas dependen mas bien de la edad que del individuo. No por esto ha de dejar de tratárseles con los miramientos generales que se les deben. Es necesario venerarles como á esos grandes árboles, viejos habitantes de la tierra, que han sido el adorno de nuestros jardines, y en su decrepitud nos cubren aun de una sombra hospitalaria.

El j6ven llegar4 á esa estacion de la vida en que muchos gozes se vuelven insipidos. Si ent6nces tiene el desagrado de verse objeto de las mofas de la generacion que le ha sucedido, ¿ qu4 pesares no emponzoñarán sus 6ltimos dias? Bajar4 á la tumba con el remordimiento de haberse quiz4 atraido la indiferencia de una edad tierna con el desprecio afectado de que cubriera los viejos que le precedieron. Respetemos la vejez. Un dia recogeremos el fruto de los homenajes que le hayamos tributado, y abandonaremos la tierra bendiciendo la juventud virtuosa que nos hizo agradable la vida con sus consideraciones y complacencias.

La veneracion debida á la vejez es un deber tan natural, que las naciones civilizadas y las salvajes la han recomendado en todos los

tiempos y en todos los lugares con sus ejemplos y con sus leyes.

§ 6.º

Deseo inmoderado de hablar en las sociedades, defecto comun en los jóvenes, y contrario á la civitidad.

El hombre no puede vivir solo y aislado: tiene necesidad de un amigo, de una sociedad para conversar, variar sus momentos, sus placeres y comunicar á los otros sus ideas y sus reflexiones. La amable política ha hecho el encanto de la conversacion, y por lo mismo en ella debe ejercitarse con mas particularidad; la sociedad seria enteramente desagradable si se desterrase de ella la política.

La juventud debe ser modesta, debe oír mucho, y hablar poco. No pretendemos prescribir á esta edad interesante un silencio terco, y una retencion sin límites. Con frecuencia salen de la boca de un jóven dardos de inteligencia y centellas de ingenio; seria una pérdida para la sociedad mantenerlos en un eterno secreto. Nuestro único designio es, prevenir á la juventud contra la locuacidad, muy comun, y la ligereza de la edad, locuacidad que no agrada á todo el mundo, que

molesta á las gentes ménos sensatas, y á las personas mas indulgentes. En efecto, ¿qué cosa mas pesada que oír á un adolescente que pregunta sin cesar, que aturde con sus réplicas y sus contradicciones, que fastidia por su tono de suficiencia, y á quien se escapan á cada paso inconsecuencias numerosas? Léjos de inspirar el menor interes un ser semejante, solo provoca la piedad y el desprecio. Esta conducta le atrae disgustos bien amargos que habria podido evitar con una atencion escrupulosa, y una sabia contencion: Esperimenta á cada instante mortificaciones tan grandes, que no se atreve á volver á presentarse delante de los testigos de su atolondramiento.

Los parlachines han sido en todos tiempos justamente despreciados. “Es, dice Plutarco, un excelente remedio contra el deseo ardiente de hablar, acostumbrarse en una reunion á guardar silencio, hasta que se vea que el fastidio ó la taciturnidad se ha apoderado de los que la componen.... No sucede en la conversacion lo que en los juegos del circo: en estos el que se adelanta á los otros gana el premio de la carrera. De un modo diferente debe conducirse el hombre en sociedad. Cuando alguno ha hablado, basta aprobar su dicho, ó hacer algunas ligeras re-

flexiones sobre su relato. . . . La precipitacion en responder cuando uno no es preguntado, indica mucha suficiencia. Es como si se dijese al que ha hecho la pregunta, os habeis dirigido mal, soy aquí el único que puede decidir toda clase de cuestiones.”

Hay otro escollo que la juventud debe evitar, la *timidez*, que anuncia falta de espíritu en los jóvenes que tienen talento y conocimientos. La postura muy reservada, el silencio terco, y la indolencia que desagrada, perjudican considerablemente á los jóvenes, y les atraen tristes antipatías. El hábito del mundo y un ligero esfuerzo sobre sí mismo, bastan para destruir esa tintura desfavorable que desluce la edad mas bella de la vida.

Los jóvenes deben ser amables en sociedad, y el medio mas seguro de conseguirlo es evitando los escollos que acabamos de combatir.

Si la falta de estilo es tachable en un joven, lo será mas en una señorita cuyo sexo reclama mas modestia y mas circunspeccion. Las madres deben velar mucho los objetos de su ternura, educarlas en las reglas austeras de la decencia, é inculcarles desde temprano los sabios principios que deben hacer el encanto y los modelos de la sociedad.

Sólo á la vejez podria perdonarse el olvido de la cortesía. Acercándose al término

en que todo desaparece á nuestros ojos, se adquiere insensiblemente una dureza de alma, una taciturnidad morosa, y un disgusto aun para las consideraciones que deben guardarse reciprocamente en la sociedad. Sin embargo, se ve que la mayor parte de los viejos no faltan á las reglas de la urbanidad; ¿y por qué? porque han contraído desde sus primeros años el hábito feliz de ser políticos y urbanos, y esta costumbre se ha convertido en una necesidad.

Los jóvenes que entran en el mundo deben evitar hacer alarde de una vana erudicion de colegio, y no ostentar la reputacion de sabios con palabras tomadas de idiomas extranjeros, ó términos de ciencias desconocidos para las gentes del mundo. Cualquiera que sea el objeto de la conversacion, manifestad vuestra opinion con modestia; defendla á sangre fria, y con tono dulce, si se la combate; ceded de buena voluntad si no tenéis razon; y ceded aun teniéndola, si la cosa que se discute es de poca importancia, y sobre todo si la persona es una dama ó un anciano.

Si queréis agradar en la conversacion, manifestad vuestras ideas con elegancia y claridad; emplead sin afectacion los términos mas puros; colocadlos á propósito. Desflorad los objetos, y no los profundicéis; por-

que hablar largo tiempo sobre una misma materia, fatiga la atencion. Se ama la variedad; y por rareza una sociedad se ocupa mucho tiempo del mismo objeto. Que vuestra pronunciacion sea clara, y se distinga; variad las inflexiones de vuestra voz, segun la naturaleza del objeto y sus diversas circunstancias; un tono siempre uniforme provoca el disgusto, y fastidia.

§ 7. °

Maneras políticas con que debe adornarse la conversacion.

Las faltas en el lenguaje hacen descubrir que no hay instruccion, y que se ha descuidado la educacion del que las comete, por lo que debe velarse mucho sobre esto. Es necesario igualmente cuidarse de no fastidiar por una volubilidad inagotable con preguntas bruscas y respuestas indiscretas. Seria tambien indecoroso hacer grandes gestos hablando, y manotear á aquellos á quienes se dirige la palabra.

El hombre orgulloso se cree superior á todas las personas con las que se reúne en sociedad, y no se digna dirigirles la palabra, ni contestar á sus preguntas. El hombre lleno

de vanidad envuelve todo en una amarga é inflexible censura, critica todas las opiniones, y repulsa con una insultante fatuidad á los que le rodean. Ambos son el azote de la sociedad.

El hombre verdaderamente político se guarda mucho de decir una palabra que pueda desagradar. Sabe que una invectiva dirigida mal á propósito no puede ser detenida ni reparada, y tiene por lo mismo el cuidado de hablar de modo que aquellos con quienes conversa tengan facilidad para responderle á la vez de la misma manera. Si él contradice, lo hará con moderacion, con dulzura; y sostendrá su opinion sin altanería, y sin terquedad; no elevará ni bajará la voz en las conversaciones. Se habla para hacerse oír, y no para aturdir á los que escuchan. Él no interrumpirá á los que hablen, porque esa es una impolítica muy grosera.

Es necesario expresarse con libertad y facilidad, y no abrir la boca sino cuando se esté bien seguro de lo que se va á decir.

Nada es mas fastidioso que oír á un hombre balbucear, ó verle embarazado en eternas hesitaciones. Se faltaria igualmente á la política y á las consideraciones recibidas si se hablase con cualquiera en un idioma extranjero que no fuese comprendido por las otras personas de la sociedad en que uno se encuentra.

Se falta tambien á las reglas de la buena urbanidad hablando á voz baja con aquellos que se hallan cerca, ó haciendo señas á los que están colocados á alguna distancia. Muy inconveniente es tambien burlarse de las cosas santas y de lo tocante á la religion. Atacándose la moral pública, se hieren los oidos de las personas piadosas.

La conversacion de una mujer debe ser dulce y modesta, y tener por fin hacer brillar el entendimiento de los otros; jamas el suyo. Una persona delicada se abstendrá de la mordacidad que no conviene sino á los necios y á los perversos. No se ama á los mordaces; se les teme y se les evita. Las mujeres, que han sido creadas para agradar, deben tambien abstenerse de halagar, y de hacer cumplimientos empalagosos. Siempre pueden encontrar en su entendimiento recursos para sostener una conversacion conveniente; el interes que se tiene por la felicidad y el suceso de otro, y una multitud de objetos pueden servirle en muchas ocasiones.

No debe hacerse uso de la jocosidad sino rara vez; y cuando se separa de la gravedad recibida en el mundo, es necesario tener consideracion á los tiempos, á los lugares y á las personas. Es dar prueba de poco entendimiento, y mala idea del de los otros con quie-

nes se está en sociedad, entregarse á chanzas sin sal, ó recitar malos chistes, ó equívocos muy usados.

Es contrario á la buena educacion unir al llamamiento de un Señor ó Señora su nombre cuando se le dirige la palabra. Si esta persona está distraida ó vuelta de otro lado, puede, sí, entónces emplearse su nombre; pero si ella tiene algun título, es mejor llamarla por dicho título.

§ 8.º

Visitas. Buena educacion que debe observarse en ellas.

Las relaciones generales, las necesidades personales han hecho nacer las comunicaciones, á las que se ha convenido dar el nombre de visitas. Estableceremos algunas reglas comunes que en ellas es indispensable conocer y practicar.

Cuando uno se dispone á hacer una visita es necesario escoger el tiempo conveniente.

Nada mas fastidioso que recibir una visita en un momento de ocupacion ó de negocios urgentes; sobre esto deben consultarse los usos locales. Sin embargo, puede establecerse, como regla general, que las visitas se hacen

ordinariamente en la tarde, y jamas á la hora de levantarse, de comer. &, á ménos que se tenga mucha familiaridad con la persona á quien se le hacen.

Un vestido limpio y decente está obligado á llevar el que quiera hacer una visita de cumplimiento; debe presentarse con casaca y corbata blanca, y jamas con botas.

Tocando á la puerta de entrada se abstendrá de dar una sacudida violenta. Subiendo la escalera es de riguroso uso ceder el paso á las personas á quienes se les debe respeto, y dejarles el lado mas cómodo, que es el del muro. No debe olvidarse jamas esta última precaucion si se acompaña á una señora: un caballero culto debe ademas presentarle la mano (siempre la derecha.) Cuando se encuentren muchas, el honor se hará á la de mas edad.

Si se encuentra alguna persona en la escalera, debe uno colocarse del lado opuesto al que ella tiene.

La etiqueta exige que el que va á una visita se haga anunciar por un sirviente de la casa; si no se encuentra este, se toca ligeramente en la puerta de la sala, ó cuarto, ántes de entrar en ellos.

Seria extremadamente rídículo hacer eternas ceremonias para saber quien debe entrar el

primero. El paso se debe á las damas, en seguida á la calidad, y luego á la edad.

Despues de los saludos de costumbre, no debe uno sentarse sino cuando el dueño ó dueña de la casa se hayan sentado; y debe conservarse en su asiento con una postura honesta y decente. Las leyes del saber vivir prescriben tambien no desembarazarse inmediatamente de su sombrero y de su caña ó baston & sobre el primer mueble que se presente; y no ponerlos jamas sobre una cama, que debe inspirar respeto, y que en los tiempos antiguos era mirada como un santuario al que no podia llegarse.

Si aquel á quien va á visitarse está preparado para salir, ó para ponerse á la mesa, es del deber del visitante no detenerle y retirarse lo mas pronto posible. A la persona visitada en tiempo inoportuno le toca por su parte no dejar apereibir un deseo pronunciado de que la visita se termine prontamente.

Las visitas de ceremonia deben ser cortas. Si la conversacion se interrumpe sin que vuelvan á seguirla el dueño ó dueña de la casa; y si alguno de ellos se levanta bajo cualquier pretexto, el uso exige que uno salude, y se retire.

Cuando en una visita se encuentren personas extrañas, el que la hace no debe perma-

necer en la casa sino algunos instantes, saludar á toda la reunion, retirarse y oponerse á que el señor de ella le conduzca.

Es un deber esencial devolver las visitas que se han recibido. Cuando uno es invitado á una comida, á un baile, á un concierto, ó á una suaré, debe hacer en los ocho siguientes dias una visita á las personas que le han hecho tal honor, si se prestó á su convite.

Si alguno es invitado á un matrimonio ó á un entierro, debe una visita á las personas que le han hecho la invitacion, si no ha podido concurrir á ella. Habiendo asistido á la ceremonia, los invitadores son quienes deben la visita.

Al principio de cada año, el uso y el deber recomiendan que uno se presente casa de sus parientes en primer lugar, en seguidas casa de sus protectores, despues á sus amigos, y á los que le han mostrado afecto.

Las visitas de civilidad pueden tener lugar por tarjetas, entregando uno mismo su nombre por escrito á un sirviente, ó al portero de la casa.

9.º

Sobre algunos abusos en la política. El ceremonial, y sobre ciertos actos de incivilidad.

Un abuso en la política que desagrada mucho es hacer ofrecimientos de servicios que no pueden sostenerse cuando se necesitan. Se ha hecho ya observar que la indiscrecion del que recibe un buen oficio puede comprometer al hombre mas honrado á faltar á su palabra. Esas ofertas vagas que un corazon sensible y reconocido no mira como tales, suponen siempre que el servicio no podrá perjudicar al que lo ofrece; y la razon misma ha dictado esta regla. Por otra parte, es necesario convenir en que esos falsos políticos de que el mundo está plagado, hacen protestas de servicio y de celo con tanta inconsideracion, que puede verdaderamente comparárseles á los falsos valientes que habian siempre de batirse, y que á la vista de una espada desnuda huyen vergonzosamente. Esas señales de civildad son sospechosas desde que se emplean á cada instante y sin razon: el uso del mundo enseña á discernirlas y á darles el grado de confianza que merecen.

Es necesario hacer observar que hay signos de política que no engañan sino á los

que lo quieren, y de los que no debe vituperarse la poca sinceridad. Existe en ciertas partes puramente exteriores de la civilidad, y es una moda que se sigue sin consecuencias, y sin hacer la menor atencion, una moneda corriente sobre cuyo valor no es permitido engañarse, á ménos que uno sea enteramente novicio en el mundo.

Cada nacion tiene sus usos. Civilizándose y alejándose de la barbarie para acercarse á los verdaderos principios del espíritu de sociedad, ha sido necesario introducir por grados esa clase de atenciones á las que se ha dado el nombre de decencia. Desde que se han elevado al rango de deberes, las personas mas juiciosas no se han dispensado de ellas; ha parecido vergonzoso el excusarlas, y se las ha mirado como una parte de las obligaciones de la vida cortes. Se dice á un hombre cuando se trata con él por la primera vez, yo soy su servidor; y existe una convencion tácita de que esta expresion nada significa; pero todo caballero político debe sin embargo emplearla en los casos señalados por el uso.

Si estos actos de urbanidad pueden practicarse por personas que estén privadas de las cualidades sociales, no sucede lo mismo con la verdadera civilidad. Ella exige un gran fondo de ingenio y de afectos, ó al ménos mucha

destreza de artificio para poderlos fingir, y pues que uno se expone á haberse engañado diariamente por un exterior de probidad que solicita, y atrae la confianza, no es admirable que se encuentren personas bastante hábiles para remedar la civilidad.

Pero no debe hablarse de esto: basta que lo que han querido remedar para sorprender la estimacion sea una virtud, y lo que la hace manifiesta es la dificultad que se experimenta en ser politicos con ciertas personas que no nos agradan. Vencerse por este respecto es una especie de virtud.

Se encuentran siempre personas que con mucho ingenio, no hallan á nadie de su gusto: esos entendimientos son mas infelices que racionales: no ven sino defectos en las personas con quienes tratan; y es necesario tenerles lástima porque son realmente desgraciados.

Un buen ingenio, al contrario, sabe excusar todo: convencido de sus propias debilidades, es indulgente para con las de los otros;(5) y

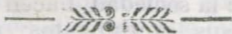
(5) Me parece que mientras mas ingenio ó entendimiento tiene un hombre, ménos debe excusarse de entrar en todos los detalles de la civilidad. Cuando un hombre de entendimiento es politico, lo es mas que cualquiera otro, porque su política tiene encantos que no puede tener la del vulgo de la sociedad. Racine, Fenelon, La Mott, Fontenelle, Gassendi y Voltaire eran hombres de los mas politicos

la indulgencia no es una virtud muy comun.

Por lo demas, todo lo que acaba de decirse sobre civilidad no es sino la expresion de lo que el uso del mundo ofrece diariamente á nuestra vista en las personas dignas de ser propuestas como modelos de tal urbanidad, que ha distinguido siempre á la nacion francesa de las otras naciones. Nos parece justo y dulce al mismo tiempo colocar con frecuencia cuadros tan útiles é interesantes á la vista de los lectores que aun hacen algun caso de la moral civil.

que podian encontrarse; y seria penoso concebir como el saber y los talentos podrian excluir la civilidad.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



DE LA BUENA COMPANIA

la indulgencia no es una virtud muy comun
Por lo demas, todo lo que acaba de decirse
sobre civilidad no es sino la expresion de lo
que el uso de las personas dignas de ser propiamente
travista en las personas dignas de ser propiamente
tas como modelos de la moralidad que las
distinuidas siempre de las personas dignas de ser propiamente
al mismo tiempo de las personas dignas de ser propiamente
de los tan dignos e interesantes a la vista de
los lectores que aun hacen algun caso de la
moral civil.

SEGUNDA PARTE.

IDEAS GENERALES Y PARTICULARES SOBRE LA DECENCIA

§ 1,

Debilidad del entendimiento. Pereza del Corazon.

En Francia, en lo que se llama el mundo, no se enaltece nada en general tanto como la civilidad y la decencia; y sin embargo, es lo que ménos se apuran por adquirir. Se colma de elogios á las personas corteses y juiciosas, que en estos dos puntos importantes de las reglas de la sociedad hacen convenir su conducta con sus sentimientos; pero ningun esfuerzo se hace para imitarlos. ? De dónde viene esta singular contradiccion? Yo creo que la causa se encuentra en las debilidades del entendimiento y en las fragilidades del

corazon humano. El ingenio admira lo que es bueno, lo preconiza, lo pone en verso, en prosa, y hasta en canciones; mas ahí concluye su tarea. El corazon, al contrario, tiene idea de lo que es bueno; puede adoptarlo, penetrarse de ello, en fin, ponerlo en práctica; pero le costaria sumo trabajo, y su valor no podria alcanzar hasta conseguirlo: semejante en eso á los enfermos ó personas á quienes no les gusta moverse de su puesto, el corazon prefiere seguir su inclinacion natural, á tener la honra de corregirse ó de embellecerse.

§ 2.

De las acciones. Honradez, y del hombre honrado.

No basta para ser hombre cortés ó urbano no hacer lo que pueda desagradar á los otros, es necesario tambien que no haga cosa alguna que pueda deshonorarle á sus propios ojos. La sociedad en la que nuestra posicion nos hace vivir, no exige solamente que sea hombre cortés para con ella, sino que quiere tambien que uno lo sea para consigo mismo. Ella sabe que el hombre honrado para con otro [permítase-me esta expresion] no lo es ordinariamente sino de un modo muy incierto, y que con el

hombre honrado que lo es para sí, ninguna clase de incertidumbre tiene que temer. Este solo llama y fija su confianza; y la confianza es, sin contradicción, el primer lazo de toda sociedad.

§ 3.

De la decencia. De su perfeccion.

Sin hablar de las cosas que constituyen esencialmente la cortesía, hay unas que no nos convienen con relacion á los otros, ó que tampoco nos convienen respecto á nosotros mismos. Así privamos á otro de muchos placeres cuya reciprocidad reclama el comercio de la vida, ó nos privamos nosotros mismos de iguales placeres, que recibiríamos en cambio, si tuviésemos bajo este respecto una conducta mas exacta y mas satisfactoria para los otros y para nosotros.

Toca á la virtud llamada civilidad remediar este inconveniente: ella es la que hace que conformemos nuestras acciones con nuestros deberes, impide que hagamos el mal que debemos evitarnos, y coloca siempre el bien que hacemos en el justo medio que debe estar para que sea considerado como un bien.

La civilidad es una virtud, y una virtud moral, por medio de la cual no solo lo que se

hace, sino tambien el modo con que se ejecuta, se aprecia siempre.

Hemos llamado virtud á la civilidad, para distinguirla con perfeccion de ciertas cualidades agradables que la naturaleza ó el hábito dan, y que solo contribuyen al ornamento de la sociedad, mientras que ella es á la vez su vínculo y ornamento.

Se le llama despues moral, porque, como todas las virtudes designadas bajo este título, está adherida á las cualidades del corazon, y para ser verdadera, debe existir á la vez en el corazon y en las acciones.

§ 4.

La Decencia, virtud rigurosa y necesaria.

La cortesía, segun la acepcion que ordinariamente se le da en el mundo, es con frecuencia una virtud libre; pero la decencia es siempre una virtud necesaria.

Puede uno dispensar ciertas acciones descorteses; pero nunca puede faltarse á las reglas de la decencia sin exponerse á perder algo en la buena opinion que la sociedad pudiera tener del que lo hace. Consiste esto en que la decencia, permítase la expresion, es una virtud de rigor, á la que no es permitido faltar, bajo la pena de faltarse á sí mismo.

§ 5.

Mala gracia en los servicios.

Nada sienta peor á una persona como el obligar con mala gracia, y hacerse, por decirlo así, arrancar los servicios que presta. Cuando se prestan voluntariamente, se evita á aquellos que los reciben, la doble y cruel mortificacion de descubrir sus penas, y sufrir la humillacion de una repulsa.

§ 6.

De los defectos de conveniencia.

Cuando uno no se siente capaz de contradecir su genio natural [defecto insoportable en la sociedad] y que no puede acercarse á las personas tristes sino con un rostro risueño y con modales festivos que les prueban la poca parte que se toma en su situacion; ó cuando con un genio caprichoso y enemigo de los otros pudiera turbarse su alegría, es mejor estarse en su casa, ó esperar á que los accesos de buen humor intempestivo ó de melancolía hayan pasado. Al ménos esto prescribe la decencia. Rigurosamente nadie está obligado á participar de los sentimientos de otro, pero tampoco puede dispensarse de manifestarlo

sin exponerse algunas veces á crearse mayores enemigos que aquellos á quienes dirigiese palabras ofensivas, porque en tal caso hace el verdadero papel de un hombre incivil y grosero.

§ 7.

De las faltas contra la decencia.

Las faltas que comete contra la civilidad una persona que no tiene distincion en la sociedad, no lastiman sino el deber general que nos obliga á no hacer cosa que no esté en el órden de la razon y de la cortesía; pero en una persona de condicion elevada, destruyen una infinidad de deberes que le son particulares. Borran y perjudican la gloria en un héroe, [6] la grandeza en un príncipe, la gravedad en un magistrado, la regularidad en un hombre de iglesia, la modestia y delicadeza de sentimientos en la mujer, la política en un jóven que visita la buena compañía; en general tienen para los unos y para los otros inconvenientes verdaderamente

(6) La gloria es delicada y modesta: muy poco se necesita para oscurecerla. Mientras mas cierta es y mejor fundada está, se aleja mas del fansto y de la ostentacion. Ella no tiene necesidad para sostenerse sino del brillo con que la adornan sus propias acciones.

fastidiosos en una multitud de cosas á las que no pueden faltar sin perjudicarse á ellos mismos, y sin disminuir la opinion y la estima de que todos tienen necesidad.

No debemos olvidar jamas que si queremos que nuestras acciones sean justamente aplaudidas, es necesario que su motivo se dirija siempre á nuestra gloria y á nuestro deber. ¡Y qué vergüenza para el que no puede negarse á sí mismo que dicho motivo es algunas veces reprehensible!

§ 8.

*Reglas de decencia al levantarse, en el tocador,
y al vestirse.*

Si saliendo de los brazos del reposo, no tuviésemos que temer sino el ojo del que todo lo ve, no tendríamos otros deberes que llenar que aquellos que la creatura debe al Creador; pero con frecuencia la voz de la amistad ó sollicitaciones nos despiertan; y como estamos obligados entónces á aparecer á la vista de nuestros semejantes, es necesario hacerlo de manera que nada indecente choque á sus miradas, y que su delicadeza no se encuentre ofendida.

Cada uno tiene ciertamente el derecho de

prohibir que entren á su cuarto los importunos; mas hay casos extraordinarios en los cuales es casi imposible no presentarse á las personas que tienen negocios urgentes que comunicarnos. Para no tener reproches tardíos é inútiles que hacerse, es preciso tomar las precauciones útiles en semejantes casos, y encerrarse en los límites de la mas austera decencia. Debe emplearse una atención aun mas escrupulosa cuando la diferencia de sexo preside esta clase de conversacion.

Se tendria muy mala opinion de una persona que pasase horas enteras en vestirse y consultar su espejo. El vestido debe ser conveniente á la cualidad y á la fortuna. Nada de lujo, nada de afectacion; pero sí una gran limpieza. Esta virtud da un ser que hace sentir su dignidad; al contrario, la negligencia en los vestidos demuestra ordinariamente mucha negligencia en los hábitos y costumbres. Los pretextos mas plausibles no pueden servir aquí de excusa. Se destierra de su sociedad á todas las personas que no quieren herir su vista con una disgustante falta de limpieza.

La limpieza sostiene la frescura y estado de salud que añade tantos encantos á la belleza. Las mujeres, pues, deben tener mucho cuidado sobre esto.

Nos contentaremos con hacer observar de

paso, que sin ceñirse rigurosamente á las modas del dia, es necesario, en cuanto sea posible, seguir el uso, y no mostrarse ridículo en su vestido. En sociedad está uno obligado á conformar sus gustos á los gustos del mayor número.

§ 9.

Extension de la decencia.

Diferente á las otras virtudes que solo se extienden sobre ciertas acciones particulares, y que reunidas ó separadamente contribuyen á formar una conducta regular y juiciosa, la decencia abraza todas las acciones de nuestra vida, todos nuestros sentimientos.

Cada uno tiene gusto por las buenas cualidades; pero me parece que las que tienen un brillo dulce y soportable merecen la preferencia sobre las que deslumbran y hacen mucho ruido. Los relámpagos y los truenos no forman los dias hermosos, la calma y la serenidad los hacen bellos. Una conducta tranquila y juiciosa siempre arreglada por la razon, es preferible sin duda á las grandes acciones que se admiran con ligereza y sin reflexion, y que son con frecuencia efectos del genio natural ó del capricho, de la ostentacion, ó de la casualidad.

§ 10.

Decencia Pública.

No basta que la decencia tenga parte en todas las virtudes civiles y morales que estamos obligados á practicar los unos hácia los otros; quiere aun que nos conformemos con los usos, costumbres, y aun á las modas de los países en que vivimos: permitido es á cada uno desaprobarnos entre sí; pero la sociedad pública no permite á nadie que se dipense de seguirlos: ella nos deja la libertad de nuestros pensamientos; pero reclama altamente nuestras acciones, y quiere disponer de nuestro exterior. [7]

§ II.

La Exageracion contraria á la decencia.

¿ No podría mirarse como un lenguaje gro-

(7) Es necesario, dice un proverbio antiguo, vivir en Roma como se vive en Roma. Sócrates habria podido salvar su vida si hubiese querido desobedecer las leyes de su país; pero quiso mas bien morir que despreciarlas. Es orden de la decencia, y ley general de las demas leyes que cada uno observe no solamente los usos de su país, sino que en muchas cosas siga las leyes y costumbres de los extranjerios, cuando se ve obligado á vivir entre ellos.

sero y ridículo la exageracion que se hace en las alabanzas y en la crítica? Parece que la verdadera decencia en las palabras consiste principalmente en una cierta medida de expresiones.

Vale mucho mas dejar que pensar sobre lo que no se dice, que llevar al extremo los términos, y correr el riesgo de ir mas allá de lo que quiere decirse. Las personas muy vivas están de ordinario expuestas á este defecto; y se encuentra siempre un poco de su imaginación en las cosas de que hablan.

§ 12.

Pensar justo, y hablar bien.

¿Por qué en nuestros discursos se nota tanta irregularidad, es decir, tan poca continuacion y razonamiento? consiste en que hay mucha irregularidad en nuestros sentimientos; es que el desórden interior va del corazon á la boca; es que se cree vale mas, mal hablar que hacer mal. ¿Qué sucede, se acostumbra uno á ser desarreglado en sus palabras, y viene á serlo insensiblemente en sus acciones.

La palabra es el intérprete del entendimiento y del corazon: por ella se juzga siempre con justicia de lo uno y de lo otro.

Los hombres no tienen sino dos medios para sostener la estima que se les profesa, ó merecer la que aun no han podido conseguir: son sus palabras y sus acciones. Sus palabras preconizan ó empiezan su mérito; sus acciones lo concluyen y lo perfeccionan en la sociedad. Nada coloca á un hombre en rango mas elevado sobre los otros como el modo de hablar, bien entendido que no hable ni piense sino como hombre cortes, y segun su corazon. Por lo demas, debe no solamente pensarse justo, sino que es necesario que la sabiduría, la prudencia y la cortesía arreglen todos nuestros pensamientos, y pasen de nuestros pensamientos á nuestras expresiones.

Hay un modo de expresarse noble, franco, fácil y simple, que se parece al lenguaje de la naturaleza, que conmueve, persuade y va derecho al corazon: (8) es el que todos deben procurar adquirir, y el que es necesario emplear. Por él se juzga con facilidad que la persona que habla ha sido educada con cuidado, acostumbrada á pensar bien, y á no tener sino ideas justas y un juicio recto.

(8) No basta para hablar bien, ocuparse en la eleccion de expresiones, y buscar las mas elegantes; lo esencial, y que es muy raro, consiste en no hablar sino á propósito, y no decir cosa alguna que no tenga relacion con la cuestion de que se trata.

§ 13.

De la distraccion.

Una de las cosas que la decencia recomienda imperiosamente es no interrumpir jamas una conversacion en un instante en que quizas las personas con quienes uno está reunido, prestan mayor atencion á lo que se dice. Es una de las mayores faltas que puede cometerse, y sin embargo una de las en que con mas frecuencia se incurre en la conversacion. Se piensa ménos en responder á lo que se oye, que en expresar una idea vaga ó muy indiferente del negocio en cuestion. Consiste en esto que muchas personas superficiales ó ligeras no se instruyan de cosa alguna.

Si se hace la relacion de una historia, ó de una anédocta que uno ya conoce, debe dejar que se cuente hasta el fin, sin distraer de ninguna manera la atencion de los oyentes. Si se le pide su opinion, debe darla ingenuamente, y sin querer aparecer mejor instruido que el narrador. No se debe privar al que ha tenido la intencion de divertir ó instruir el placer de creer que lo ha conseguido. Hay jóvenes que interrumpen un discurso para hacerse explicar ciertas circunstancias que no

han comprendido bien, ó repetir el nombre de un personaje; nada es mas contrario á la buena educacion. Cuando la explicacion es necesaria, sea para sí, sea para los otros, puede provocarse, pero con mucho cuidado, y escogiendo el momento oportuno.

El mejor de todos los secretos para hablar bien, es acostumbrarse desde el principio á seguir en todo lo que se dice las reglas de la decencia, lo que comprende la aplicacion del entendimiento y del corazon.

Es un gran error creer que es necesario brillar siempre en la conversacion, y que sea mas ventajoso hacerse admirar por una viva y pronta respuesta, que encerrarse algunas veces en el silencio ó en alguna respuesta ménos brillante que juiciosa [9]. Es preciso no figurarse que los rasgos de imaginacion son convenientes todos al órden de la civilidad [10];

(9) Para que una respuesta sea verdaderamente agradable, es necesario que el que la da, haya tenido derecho de darla, y que pueda recitarse sin que le perjudique; de otro modo, se reirian de la respuesta, y se despreciaria á su autor. Respuestas agradables salen de la boca de un guerrero, que serian ridículas en la de un magistrado. Un jóven puede decir cosas agudas, vivas y brillantes, que serian insoportables en la boca de una señora, lo mismo que ella puede decir las muy agradables, y que de ninguna manera sentarian bien en una señorita.

(10) Se oyen con frecuencia en la sociedad necesidades que se dicen con ingenio; pero valdria mas no tener tal inge-

porque si el ingenio no es mezcla en ellos y se sostiene, se corre el riesgo de hacer una pérdida gastando ese mismo ingenio.

§ 14.

De la indecencia de la disputa.

Nada es mas indecente, nada prueba mas un entendimiento pequeño que disputar en la conversacion. Es una vergüenza querer mas bien servir de espectáculo á los otros, que hacerse estimar por su juicio y moderacion. Es fácil evitar con prudencia la terquedad de su adversario, ó endulzarlo por su comedimiento. Respondiendo con decencia, no podria sospecharse que uno obra con bajeza. Lo que debe compadecerse en estas ocasiones, es que en la triste ceguedad que entónces nos causa la pasion que nos domina,(11) se conoce

no que decir semejantes necedades. Se sufre con facilidad una respuesta brusca y aun grosera, y no se perdona un dicho vivo y picante; y uno se cree mas inepto cuando se le ha hecho sentir con ingenio, que cuando se le ha dicho groseramente. Desde entónces se vuelve un enemigo implacable; y crearse un enemigo por una buena palabra, es verdaderamente una necedad.

(11) Esta ceguedad que no debia durar sino el tiempo que la pasion nos agita, va tan léjos que subsiste aun despues que han pasado los mas fuertes movimientos. Se aplaude uno siempre de las injurias que ha dicho, y se

tan poco el partido racional que debe tomarse, que uno querría mas bien exponerse á perder su fortuna, y aun con frecuencia sus amigos, que resistir al placer cruel de escoger las expresiones mas ofensivas.

§. 15.

De los Convites.

Los convites se hacen de ordinario verbalmente, ó por escrito. Tienen lugar para una comida, un matrimonio, un baile, un concierto &c. Cuando uno es invitado, debe aceptar si tiene la intencion de asistir al convite, pero sin hacerse rogar, y manifestando reconocimiento por el honor que recibe; en el caso contrario, rehusar de una manera política, y dando por razon negocios indispensables que puedan motivar la repulsa.

Si se acepta, es necesario concurrir al lugar de la invitacion con un vestido decente. Seria entónces muy impolítico el excusarse, á ménos que no sobreviniese algun accidente imprevisto por el que se necesitase la presencia del convidado en otra parte.

La persona invitada debe siempre infor-

reprocha el no haberlas dicho mas ofensivas; significa esto que el que lo hace, se desespera por no haber sido mas incivil y malcriado.

marse de la hora precisa de la reunion, á fin de no llegar muy pronto, ó demasiado tarde.

§ 16.

Decencia en la mesa.

El hombre no puede vivir sin comer. Las comarcas civilizadas no se alimentan como los salvajes. Existe una decencia particular que debe observarse en las comidas, y que sería vergonzoso ignorar.

Las personas convidadas se reúnen en el salon. Se anuncia que la mesa está servida; y el uso exige que nadie se levante ántes que el dueño ó dueña de la casa.

Los caballeros deben dar el brazo á las damas, y conducir las al comedor hasta el cubierto en que se encuentre inscripto el nombre de la que se conduce. Debe uno guardarse mucho, si no es el principal convidado, de ofrecer el brazo á la dama mas hermosa, ó á la que goce de mas consideracion; porque esto es una grande impolítica.

Para poder velar sobre el servicio, y que no falte nada á los convidados, el dueño y dueña de la casa deben colocarse en el centro de la mesa el uno frente al otro.

Nadie debe mezclarse en servir si no está

acostumbrado á cortar bien las carnes; y tampoco debe llenarse esta funcion sino cuando sus buenos oficios son solicitados, ó permitidos por los que le han hecho el honor de convidarle.

En la mesa es preciso manejarse de modo que no se molesten las personas que están á su lado, y guardarse bien de inspirar ningun disgusto á los convidados. Es contra la decencia hablar con la boca llena; debe esperarse á que ella esté vacía, para articular las palabras que quieren pronunciarse.

Seria una grande incivilidad, y prueba de mala crianza el comer con voracidad, el tocar á los platos comunes con una cuchara ó tenedor dirigidos precedentemente á nuestros labios, y botar á tierra lo que nuestra boca rehusa &.

Si un caballero está colocado al lado de una dama, la decencia exige que le evite todas las incomodidades que ocasiona la necesidad de servirse la bebida, de procurarse alimentos, y en general de todo aquello que se necesita cuando se está en la mesa. Debe apresurarse á ofrecerle todo cuanto crea ser mas de su gusto.

Seria una impolítica apoderarse solo de la conversacion, que debe ser general. Si la reunion es numerosa, debe uno hablar con sus ve-

cinos no elevando la voz sino lo necesario para hacerse oír. Es preciso usar de circunspeccion en sus discursos, y jamas hablar cosa que perjudique á las personas que es tén presentes.

En los postres, la conversacion se anima y viene á ser mas alegre; sin embargo, debe estar siempre circunscripta en los límites de la decencia. Cuando se invite á uno á que cante seria muy feo que se hiciese rogar. Igualmente ridículo seria instar demasiado á una persona que tuviese repugnancia de prestarse á los deseos de otra, lo mismo que cantar ó gorgear lo que canta el que ha querido complacer los votos de la sociedad.

No seria ménos incivil criticar los platos que se han servido, ó proferir la mas ligera palabra que pudiese causar pena á las personas que nos han invitado, ó á las que han sido invitadas con nosotros. La mesa debe ser el asilo del placer y de la alegría, y toda pendencia y enemistad deben desterrarse de ella. Es inútil advertir que es preciso contenerse en las reglas de la sobriedad, y no presentar el espectáculo desagradable de una vergonzosa intemperancia.

§ 17.

Decencia que debe observarse en los paseos.

El jóven que se pasea con un viejo, sabe sin duda que su compañero no tiene la misma fuerza y la misma agilidad que él en las piernas. Debe, pues, arreglar sus pasos á los del anciano. La misma precaucion es indispensable emplear cuando se acompaña á una persona de calidad á quien se deba respeto. La decencia exige que un caballero ofrezca su brazo á la dama que se pasea con él. Si hay mas damas que caballeros, debe ofrecerse el brazo á la de mas edad, y con preferencia á una señora que á una señorita. Cuando uno va acompañado de dos señoras, no puede dispensarse de dar el brazo á ambas.

Conducid la compañía al lugar que parezca convenirle mas, y guardaos de contrariar sus gustos y sus deseos: cuando la ocasion se presente, ofreced asiento á vuestras compañeras para que se reposen, pero no insistais desde que os manifiesten quieren continuar su paseo. Si aceptan vuestra invitacion, y no son bastantes los asientos, entónces deben sentarse las damas; y los hombres permanecer en pié.

Hay ademas una civilidad que observar

con los que encontramos en nuestros paseos. No debe ofenderse ni su vista ni sus oídos. Es necesario evitar atraer la atención con risas inmoderadas, y permitirse libertades á las que no puede uno entregarse sino en un lugar que no sea público. Cantar y saltar en un paseo sería exponerse á la mofa de la multitud, y algunas veces á desagrados de los que no podría acusar sino su propia ligereza.

Estáis en un paseo público, hablad de cosas indiferentes, que no perjudiquen á nadie, á fin que la conversacion no sea mal interpretada por las personas que puedan oír. Guardáos por vuestra parte de prestar oídos á la conversacion de aquellos que no sean de vuestra sociedad.

Si dais el brazo á una señora en la calle, debe ella llevar el lado de la acera. Esta señal de deferencia es debida igualmente á las personas que tienen derecho á nuestro respeto y á nuestro reconocimiento.

Cuando el paseo se hace en coche, caleza &c, el hombre político da la mano á la señora que acompaña, para subir y para bajar. Se cuidará bien de causar á sus compañeros de placer ningun fastidio, ninguna incomodidad. Guardará en fin las mismas consideraciones, y observará la misma circunspeccion que en los paseos de á pié de que acabamos de hablar.

§ 18.

De las Sociedades, de los círculos y de los conciertos.

Se empezará por saludar á los dueños de la casa, y las personas que estén reunidas en el salon; en seguida se tomará lugar, guardándose bien de apoderarse del mas honroso, ó de alguno de los que ocupaban las personas que se hayan levantado á su llegada. Un caballero no debe sentarse en butacon cuando las damas estén sentadas en silleas. Si no se encuentran otras silleas. la política le prescribe presentar el butacon á una de las señoras; suplicándole que se coloque en él y le ceda su asiento.

Cuando la conversacion está empeñada, es preciso usar de ella con sobriedad, no decir cosa alguna que no sea á propósito, y evitar sobre todo, como ya lo hemos dicho, apoderarse de ella para hacer brillar su ingenio: hablar de sí, y alabarse uno mismo, demuestra gran falta de educacion, y una presuncion ridícula. Se habla de literatura, de ciencias, guardaos de dar vuestra opinion si no teneis algun conocimiento del objeto de que se trata. Si contáis vos mismo alguna enécdota agradable, evitad las grandes demostraciones, y esa risa fastidio-

sa é impertinente que impiden reir á las personas que os escuchan.

Si alguno de la sociedad señala á la compañía un objeto que pretenda deber excitar la curiosidad, no vais á extasiaros sobre su rareza, belleza ó adorno; no lo despreciéis tampoco aunque lo reconozcáis por una cosa ordinaria y comun. En tal caso es mejor guardar silencio. Interrumpir el discurso de una persona que habla, presentar cuestiones con la pretension de contar ó referir mejor, seria un acto de impolítica imperdonable. Se escapa á alguno una mentira, no debe relevársele de ella, pero con modales agradables se le ha de manifestar que ha cometido un error.

Seria una curiosidad indiscreta y una indecencia divertirse en leer papeles, cartas abiertas, y aun libros que se encontrasen sobre la mesa de la persona en cuya casa está la reunion.

Cuando tiene uno la intencion de retirarse, no debe despedirse de nadie, debe aun evitar en cuanto le sea posible que se note su salida para no molestar á los dueños de la casa, ni á las personas que quedan en ella.

La misma conducta debe observarse poco mas ó ménos en un concierto en que la primera fila debe cederse siempre á las damas.

Trinar los aires de los pedazos de música

que se ejecutan, llevar el compas, conversar ó hacer cualquiera otra cosa que pueda distraer la atencion de los asistentes; hé ahí grandes defectos que es necesario evitar.

§ 19.

Los malos jugadores faltan á la decencia.

El entendimiento tiene necesidad de descanso; no puede sin cesar estar ocupado. De aquí la costumbre de ir á pasar algunos instantes en reuniones de familia ó de sociedad, en las que se divierte uno en juegos que han sido inventados para distraer.

Es inútil hacer observar que no hablamos de esos juegos de suerte escandalosos en que algunos jugadores se engullen los recursos de las familias, y en los que el hombre conducido por una desgraciada pasion, consume en una tarde ó en la noche lo necesario para administrar anualmente 50 huérfanos; no queremos tratar aquí sino de los juegos inocentes, en que se interesa una módica suma, y en los que con frecuencia solo se ambiciona la gloria del triunfo. En la sociedad seria mucho exponerse al desprecio proponiendo un juego de gran cantidad. Las personas que oyesen semejante proposicion, se figurarian que el que la hace

no tenia por mira sino enriquecerse con los bienes de otro, y que estaba acostumbrado á frecuentar esas casas de juego en que se arruinan las familias.

Se tendria mala opinion de un jugador que, ganando, manifestase una alegría excesiva, ò, perdiendo, una grande tristeza. Debe recordarse que solo para divertirse se juega. Si se pierde, ha de pagarse la suma convenida sin molestia, y sin esperar á que se exija; las deudas del juego son sagradas; y por esto es que se llaman deudas de honor.

Cuando se gana en el juego, no debe uno separarse hasta notar que su adversario desea concluir la partida; caso contrario debe uno retirarse sin dejar que se le escape la menor expresion de descontento.

En el juego, obrad con franqueza, no trateis de ver el de los otros para aprovecharos, ocupaos de la partida, y no tengais conversacion con nadie de fuera. Esta imprudencia os haria irremediabilmente insoportable á aquellos con quienes juega s.

Si se disputa sobre alguna jugada, no debe discutirse con terquedad, mas sí referirse á las personas no interesa las, explicándoles con calma y cecencia la causa de la disputa.

En el juego es necesario tener siempre un carácter igual, y no tardar en jugar mucho

tiempo, porque entónces esta diversion vendria á ser fastidiosa; y en lugar de ser un descanso, atraeria el disgusto, y se cambiaria en una fatigante ocupacion. En general, evitad el deseo de apostar por tal ó tal jugador contra tal ó tal otro. Aquel por el cual teneis afeccion, y con quien haceis, por decirlo así, causa comun, no arriesga quizá gran cosa; pero se intimida si sabe que exponeis una suma considerable bajo la fe de su habilidad ó de su fortuna; y aquel contra quien apostais puede por su parte molestarse con esa especie de desafío.

§ 20.

Lugares públicos, espectáculos.

Se engañan los que se imaginen que no existen reglas de decencia que es necesario observar en los lugares públicos, en aquellos en que hay reuniones, y en los espectáculos. Hay ciertas consideraciones que deben guardarse á las personas que en ellos se encuentran. Seria muy impolítico estregarse con frecuencia y de un modo importuno con los que se encuentren á su lado, pisar el vestido de una dama, y salpicar, corriendo, con lodo ó barro á los que caminan con paso moderado.

Cuando se va al teatro en compañía, uno

de los caballeros debe tomar la tarjeta de entrada, y presentarla para evitar á las damas el embarazo que esto les causaria; y en el palco debe colocárseles en la primera fila, segun su edad, ó la consideracion que merezcan. Los jóvenes deben ocupar los asientos de atras, y evitar el inclinarse mucho para no molestar las personas que están colocadas antes de ellos.

Debe uno abstenerse de voltear la espalda á la escena, y de dejar colgando fuera del palco un pañuelo, un chal ó cualquiera otra cosa. El que esto hiciera, podria indisponer á los del patio, y exponerse á oír cosas muy desagradables. Se fijarian todas las miradas sobre él; y su falta de imprevision podria excitar un tumulto molesto para los que se encontraban en el mismo palco.

Cuando un espectador benévolo se enternece á la vista de las desgracias que experimentan los héroes de la escena, ó se apasiona de las virtudes de que hacen gala, no hay cosa mas molesta que tener á su lado un censor enfadoso, que sin piedad critique los mas bellos rasgos de la pieza, que no encuentre nada á su gusto, y que en una palabra transforme en un sitio de fatiga y molestia los lugares consagrados á la diversion y al placer. Es tambien muy ridículo aplaudir demasiado en el teatro cuando no hay necesidad de ello.

Si llegan Señoras á un palco, y un caballero tiene asiento en la primera fila, la decencia exige que se lo ofrezca á una de ellas aun cuando le sea desconocida, y que insista sin embargo que se haya rehusado.

Guardád una gran reserva en el teatro para no molestar á los que os rodean, lo mismo que un profundo silencio cuando los actores están en escena, á fin de no turbar la atención de los que toman interes en el espectáculo.

Es inconveniente ir prevenido para discutir sobre la pieza que se representa, ó sobre el modo como la representan los actores: bien sea para elogiarlos, ó para criticarlos, pueden encontrarse personas de un parecer contrario y comprometerse en una contestacion que es prudente evitar

Con frecuencia se nota en los lugares públicos en algunas personas afectacion para examinar con una curiosidad indiscreta, y buscar defectos físicos en los que le rodean para encontrar modo de egercer su crítica mordaz. Nosotros no nos hemos creado. A los que están heridos de esta enfermedad, debe tenérseles lástima, sin redoblarles su mal-estar con chanzas indecentes.



§ 21.

Bailes públicos y particulares.

En estas reuniones debe uno conducirse con reserva y política con todos aquellos que la componen, aun cuando le sean desconocidos.

No debe uno entrar á hacer parte en una cuadrilla ó contradanza, si no sabe bailar pasablemente: porque si es novicio ó poco hábil, introduciría el desórden en medio del placer. Cuando ya estéis comprometido para el turno, si las figuras no os son familiares, no os coloquéis en los primeros puestos; podéis arreglaros á lo que hacen los anteriores. Guardáos tambien de entrar en una cuadrilla de bailadores que tengan mas talento y habilidad.

Despues de haber asegurado vuestro puesto, invitád con política á una dama. Si acepta, al primer toque de la orquesta dádle la mano para conducirla al lugar que tenéis designado.

Bailád con gracia y con modestia, sin hacer ostentacion de vuestro saber; abstenéos de esos grandes brincos y zancadas ridículas que os atraerian todas las miradas

En un baile particular ó de sociedad está

uno obligado á mostrar aun mas reserva, y á no manifestar mayor preferencia por una dama que por otra; debe indistintamente bailar con todas; sin embargo, puede invitarse muchas veces la misma persona.

Es un deber de los caballeros ser complacientes con las damas, y tener la atencion de ofrecerles de tiempo en tiempo refrescos, y sobre todo á su pareja luego que la haya conducido á su lugar.

Segun las reglas en uso, una dama no puede rehusar la invitacion de un caballero, á ménos que no haya aceptado ya la de otro, sin lo que cometeria una incivilidad que le ocasionaria algunos desagradados; pareceria que habia despreciado á la persona que la invitó, y se expondria á recibir de ella muy malos cumplimientos.

Las Señoras y Señoritas no pueden salir solas de la sala ó de cualquier otro lugar de reunion. Las primeras deben hacerse acompañar por una ó mas damas, y las señoritas por su madre ó la Señora que la represente.

Debe evitarse el hablar mucho; se haria notar, y seria muy mal visto el estar siempre conversando al oido de su pareja.

El valse de moda en nuestros bailes debe ejecutarse con gran circunspeccion y con mucha decencia.

§ 22. °

De la Decencia relativa á uno mismo.

Existe una cierta decencia respecto á nosotros mismos que no nos permite jamas decir ni hacer cosa alguna que nos sea indigna. Nos debemos mas exactitud á nosotros que á cualquiera otra persona; y es de rigurosa justicia empezar por nosotros á desempeñar los deberes que nos debemos á nosotros mismos, ántes de desempeñar los que debemos á los otros.

§ 23. °

Del Decoro conyugal.

La mejor de todas las máximas es tener una buena conducta y modales políticos aun con las personas de que no esté uno satisfecho: es lo único que puede corregir al que, ó á la que no tiene razon; pero para obrar así es necesario estar bien poseido de lo que se hace, y por desgracia es la ciencia mas difícil y mas rara. Se cree uno ofendido, y con frecuencia mas de lo que lo está; no observa sino la ofensa sin indagar la causa que la ha producido; tiene uno enfado, altanería ó resentimiento: todo esto aumenta los objetos. Se entrega entónces

y se abandona á ellos sin consideracion, y sin comedimiento; y precisamente por ahí es que se echa todo á perder.

Un marido que quiere corregir á su mujer con autoridad ó con un tono brusco ó de mal humor, la irrita, sin conseguirlo. La decencia, y las consideraciones debidas al sexo, debe tenerlas en consideracion, teniendo tambien en cuenta que la pasion y el capricho hacen fuertes todas sus expresiones. En lugar de advertirse mutuamente sus defectos con indulgencia y suavidad, se los reprochan con una inquietud intolerable. De ahí viene que, léjos de cambiar de conducta una mujer, no hace sino cambiar de modales y de precauciones. Poco mas ó ménos es este el modo de obrar los maridos cuando su mujer no opone á sus desórdenes sino los zelos y la ira. La urbanidad y la dulzura en semejantes casos consiguen mas que la violencia.

§ 24. °

Decencia doméstica necesaria.

Se puede, y debe establecerse una especie de decencia entre los dueños de las casas y sus sirvientes. Consiste ella:

Primero: En darles buen ejemplo.

Segundo: En pagarles con exactitud.

Tercero: Entratarles con humanidad, sin por eso familiarizarse con ellos.

Cuarto: No reprehenderles sino en los casos necesarios.


Quinto en fin: conservar en todas sus acciones respecto de ellos el carácter de amo de la casa, (12) pero siempre justo, recto, dulce, lleno de bondad y aun de atenciones para con ellos.

Se ha olvidado decir que la decencia quiere que se tenga el mismo buen humor en su casa que en casa de otro. Ella no permite que uno se prevalga de la libertad que tiene, para comportarse en ella con ménos circunspeccion que en otra parte, y hacer experimentar su mal humor á sus hijos y á sus sirvientes.

Muy mal recibido es que un dueño de casa entre en la suya para turbar la tranquilidad que en ella reina, y forzar con su mal humor á todos los que la habitan á indemnizarle de las contrariedades que ha sufrido en la sociedad.

(12) Hay muchos Señores faltos de entendimiento que, léjos de endulzar la condicion de sus sirvientes, la agravan con una dureza que solo puede excusarse por la mala educacion que han recibido.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.



TERCERA PARTE.

DE LA DECENCIA CONCERNIENTE AL BELLO SEXO.

§ 1.º

Ventajas que consigue un jóven en la sociedad de las mujeres.

Antes de hablar de las leyes de la decencia relativa á las mujeres, nos creemos en el deber de decir algo sobre las ventajas que saca un jóven de su sociedad.

Las mujeres tienen el entendimiento mas vivo, mas observador que el nuestro, y el tacto mas delicado y fino, y por lo mismo están mas pronto al corriente de los usos de la sociedad. Aparecen en el mundo, y hacen papel á una edad en la que nosotros estamos aun en los bancos de la escuela; y son ademas socia- bles por carácter. Creadas para amar y agrada- r, tienen en sí cualidades que nos las hacen queridas, y nos obligan á buscar su sociedad con urgencia. Nada es mas útil para que un jóven consiga bellos modales como el frecuen-

tar la sociedad de las mujeres: ellas le acostumbran á escoger con elegancia y gusto las expresiones. Más indulgentes que nosotros, le perdonan sus faltas, y le enseñan á no cometerlas mas; él, cerca de ellas, siente engrandecer su alma, el círculo de sus ideas se extiende, adquiere las virtudes que le faltan, y sus costumbres consiguen una amenidad que la sociedad de los hombres no le daría jamas.

La organizacion delicada de las mujeres las hace tiernas; así, sus expresiones son afectuosas y corteses; casi todos sus pensamientos son sentimientos. De ahí el encanto en su conversacion; de ahí esas observaciones siempre finas, ingeniosas y justas que las distinguen.

Las mujeres cuya sociedad conviene mas á los jóvenes no son siempre las mas bellas, pero sí las mas modestas, espirituales y amables. Un joven que quiere adquirir bellos modales y reputacion de político, debe poner todos los medios posibles para hacerse agradable á ellas. Debe ser siempre dulce y respetuoso sin desmentir jamas estas cualidades; y redoblar sus cuidados, consideraciones y complacencias, pero sin llevarlos mas allá de los límites designados. Que él sea el servidor de las damas y no el esclavo de sus caprichos. Por naturaleza quieren ellas extender su im-

perio; y si uno se les humilla mucho, corre riesgo de ser tratado con altanería.

Es de muy mal tono abrumar con palabras de dulzura necias á todas las mujeres que se encuentran, sin distincion de edad, de rango y de mérito. Tales necedades pueden halagar á las mujeres lijeras; pero fastidian á las sensatas. Tened con ellas una conversacion viva, picante y variable; y acordaos que tienen una imaginacion mas activa, una movilidad de ingenio mayor para que no sostengais por largo tiempo la conversacion sobre un mismo objeto. Jamas os perdonarian el fastidio que les hubiéseis causado en la conversacion.

Las mujeres quieren siempre agradar; el mejor medio de hacerles la corte es manifestarles que han conseguido su fin. Su amor propio está siempre halagado con el bien que se dice de ellas ó de sus adornos. En cualquiera reunion que haya mujeres toca á ellas escoger el objeto de la conversacion; el arte de un hombre de buen tono consiste en dirigirla rectamente á un asunto propio para hacer brillar su entendimiento y sus conocimientos, y separar de ella todo objeto que no les ofrezca ni interes ni curiosidad.

§. 2. °

Leyes de la decencia mas rigurosas para las mujeres.

La civilidad prescribe al bello sexo reglas mas rigurosas que á los hombres. Estos hallan en su favor excepciones á las reglas que ella prescribe: para las mujeres no hay ninguna. La frente de los hombres puede sostener con serenidad acciones y omisiones que la del bello sexo no podria soportar sin avergonzarse. Es deber de una mujer no hacerse jamas acreedora á la censura pública.

En lugar de no verse sino injuzticia y tiranía en la severidad que la decencia ejerce particularmente sobre la conducta de las mujeres, las personas sensatas la considerarán al contrario como una distincion muy agradable; pues que obligándolas á guardar mas reserva y exactitud que á los hombres, parece que las destina á una mayor perfeccion, y las hace capaces de elevarse sobre ellos.

Para responder á la idea que se tiene de lo que pueden ser las mujeres, parece que eilas deben buscar medios de agradar mas bien al entendimiento y al corazon, que á

la simple vista. Deben ellas pretender conseguir mas la estimacion de los hombres que su amor. La impresion que su conducta y sus sentimientos produzcan sobre ellos, les hará, sin comparacion, mas honor que las que puedan producir sus encantos ó su belleza. Desgraciadas aquellas que piensan que el honor es solo una quimera!

Mujeres, vuestro mérito debe ser el adorno de vuestros atractivos: sin él, todos los cuidados que tomeis para hacerlos valer, de nada sirven. Si solo habeis pensado en haceros amables por vuestro exterior, siempre se arrepentirá uno de haberos amado; pero se os estimará aun por vuestros sentimientos cuando hayais cesado de querer solo agradar á la vista. ¿Cómo puede ser que, conociendo la diferencia que existe entre las cualidades sólidas y las superficiales, podais estar solo por lo superficial, y querais mas bien deber las distinciones que os hacen los hombres al juicio de sus ojos, que al discernimiento de su espíritu ó ingenio.

§. 3. °

De las gracias exteriores y superficiales.

Las gracias exteriores y los encantos superficiales del ingenio, sea en los hombres,

sea en las mujeres, son los únicos que enternecen á la mayor parte de ellas; las demas cualidades casi las cuentan por nada. Si les hablais de un hombre que no conocen, en el momento os preguntan; es bello,? tiene entendimiento? Y muy raro es que las preguntas vayan mas allá.

Y si se informan del carácter y del mérito de un hombre que por otra parte agrada, no es tanto porque sean sensibles á su mérito, cuanto porque aman sus propias debilidades, y arriesgan ménos en continuarlas con aquel, que con cualquiera otro.

Así, las miras y los designios que las mujeres tienen sobre los hombres, hacen con frecuencia nacer los designios y miras que estos tienen sobre ellas. Su virtud sola tendria nuestros homenajes y nuestros respetos; sus sentimientos arreglarian nuestra conducta para con ellas. Por este medio podrian aplaudirse de nuestra política y del cambio de nuestras costumbres; y les deberiamos la obligacion real de haber contribuido tanto á nuestro mérito quanto á su propia perfeccion.

Mujeres, no recurrais, pues, sino al mérito y á la virtud, para atraeros las consideraciones y cuidados que solo quereis deber á atractivos frágiles y pasajeros; y observad esta máxi-

ma si quereis evitar el pesar de veros un dia abandonadas; pesar espantoso, y tanto mas insoportable cuanto que da lugar á las mas molestas reflexiones

El afecto que ha producido la belleza se destruye con ella [13] pero el que nace de vuestras virtudes, subsiste aun despues que haya dejado de existir.

§. 4.º

Ambicion ridicula. Necesidad de la decencia.

Utilidad de una sana moral.

¿Qué ambicionan, pues, las mujeres, con aspirar á un reino de tan poca duracion, y hacerse la guerra y destruirse entre sí, por conquistas que apenas pueden conservar algunos años, y que aun con frecuencia se les escapan en el instante del triunfo? ¿Y cuál es, pues, la seguridad de su gusto y la precision de su discernimiento al preferir en los hombres afectos desmedidos, desarreglados,

(13) No solamente todo lo que ha inspirado la belleza perece con ella, sino que su imperio es por un corto tiempo que jamas se extiende mas allá de cierta edad, que acaba casi al momento que se nota que ha empezado. El imperio de la virtud, al contrario, subsiste siempre, y se extiende sobre todas las edades que son incompatibles con la belleza.

sujetos al cambio, que no obtienen sino por medios que no dependen de ellas, á afectos razonados y justos que los hombres honrados no dan sino al mérito y á la virtud?

Despues de haber tenido cuidado en arreglar vuestros afectos, escluid de vuestros modales lo que pueda herrir la razon y la decencia, y no tratéis de tenerlos tan brillantes, como simples, naturales y modestos.

No brilleis jamas á costa del buen sentido, y no busqueis en todo lo que decis y haceis sino el agrado que no sea contrario á la sabiduría y la honradez.

No aparenteis tener siempre un genio festivo ó alegre. Pensad que la jovialidad es hija de la naturaleza, y se asusta al aspecto del arte. La seriedad, cuando es natural, agrada infinitamente mas que la jovialidad cuando es afectada.

No os expongáis jamas á la confusion de reir solo entre personas que tienen razones para estar serias. No riais nunca la primera de lo que habeis dicho, para impedir á los otros que rian despues de vos si la cosa vale la pena, ó para no suministrarles la ocasion de que se rian de vos, si lo habeis hecho sin objeto.

A proporcion que os hagais estimar, os hareis verdaderamente amable. Pretender agra-

dar á primera vista, es demasiado ridículo. No basta agradar por sí misma, es necesario que vuestra conducta y vuestros sentimientos se agreguen á vuestros medios de agradar, y os obtengan alabanzas que se refieran mas bien á vuestro mérito que á vuestra beldad. Las coquetas agradan, pero de ordinario se las desprecia.

Todos os dirán que sois encantadora: quizá no se equivocarán; pero que la alabanza no os envanezca. Ocupaos mas bien en corregir vuestros defectos, si vuestra modestia los encuentra, que en sacar ventaja de vuestras buenas cualidades. Corrigiéndoos de lo que podais tener defectuoso, adquirireis nuevas consideraciones; mas si os encaprichais con vuestras ventajas, abatireis todo su mérito, y no encontrareis vuestros defectos. ¿ Como los corregireis entónces?

§ 5.º

Del uso de los placeres, y de su abuso.

No useis sino con moderacion de los placeres que os permite el uso del mundo, es decir, rara vez y con toda la indiferencia que merecen de un entendimiento sabio. Abandonadlos sin pesar; lo mismo que debéis disfrutarlos sin adhesion.

Desengañaos de los placeres del corazón: nada es tan opuesto á vuestra gloria y al reposo de vuestra vida: ellos os harán abandonar vuestros quehaceres, vuestros amigos y vuestros parientes; os harán insoportables vuestros deberes, é indiferente vuestro honor; y aunque os prometan algunas dulzuras, no encontrareis en ellos ninguna que sea capaz de balancear la menor de las faltas que pueden hacer os cometer.

§ 6.º

De la belleza. De la alabanza. De los zelos.

De los ademanes prestados, y otros &a.

Léjos de aplaudiros de las ventajas que da la belleza, temed mas bien los peligros á los cuales ella expone. La belleza es un presente del cielo que debeis respetar en vos misma. Si quereis no dejaros engañar por ella, consideradla bajo dos aspectos muy diferentes: como la materia de vuestra gloria, y como la ocasion de vuestra pérdida.

Hay pocas mujeres de edad avanzada que hayan sido bellas, y que no deban estar muy fastidiadas de haberlo sido.

No juzgueis jamas de vos misma por lo que se os diga, sino mas bien por lo que deba creer

vuestra modestia. No se os alaba sino por interes, y los cumplimientos que se os hacen, son ménos un deseo que se tiene de agradaros, que la ansia de sorprenderos. No os conviene engañaros vos misma dejándoos persuadir de lo que os halaga, y tampoco os conviene agradecer las alabanzas que quizá no mereceis.

Muy mala máxima es hablar mal de las personas por las que se teme ser eclipsada. Los zelos que os animan no producirán otro efecto que dar nuevo lustre á las cualidades que os desazonan, y disminuir el gusto que se tiene por las vuestras.

No echeis á perder vuestras buenas cualidades con la afectacion de las que no teneis. Guardaos de tomar ademanes fieros y desdeñosos; y en la orgullosa idea de que basta mostraros para agradar, no descuideis sin embargo nada de lo que pueda mereceros los sufragios. En el momento en que se note que nada poneis de vuestra parte para merecer la estimacion, y que mirais la idea de su posesion mas bien como un placer que como un deber, estad segura, cualquiera que sea vuestro mérito, que cesarán de estimaros. El mundo esta hecho así: se parece á las mujeres; ama los pequeños cuidados y los grandes esfuerzos.

§ 7.º

De las modas. De los modales. Del espíritu de imitacion &c.

No seais de las primeras en seguir las modas, de temor de veros obligada á abandonarlas cuando no puedan establecerse solidamente. Que la modestia de acuerdo con el buen sentido y el gusto presidan á vuestros adornos. Pensad ménos en estar muy adornada que en tener un traje limpio, y que sobre todo la vana ambicion de estar engalanada como aquellas á quienes en nada os pareceis, no os haga olvidar el porte que la naturaleza os ha dado. Arriesgariais haceros ridícula empleando los medios que las hacen agradables.

En los modales que empleais para agradar, lo mismo que en vuestro vestido no seais el mono de nadie, no imiteis jamas. ¡ Bella gloria adquiririas dejando entrever que no podeis producir nada de vuestro propio fondo, y que no teneis nada bueno ni agradable que no sea prestado! Los menores atractivos que os pertenezcan valdrán mucho mas que todos aquellos que tomeis de las otras. ¡ Querriais ser la mala copista de un medriocre original? No es permitido imitar sino lo que se puede y debe adquirir, como las virtudes; y no dede verda-

deramente sujetarse á un modelo sino cuando es perfecto, y está elevado sobre el mérito vulgar.

Es una gran locura esmerarse mucho y perder un tiempo considerable en aderezarse. Se nota bien pronto el estudio y la afectación en los adornos, y no se burlan ménos de ello que de los discursos muy buscados, y de los ademanes prestados. Sin duda la naturaleza no prohíbe un poco de arte; pero no puede sufrir el artificio.

• §. 8.º

Ridículo de la Coquetería.

Qué personaje el de una coqueta que tiene los brazos á todo el mundo, y se cuida ménos de agradar á las personas de mérito que á aquellas que se dicen de bella exterioridad; que sin disgustarse, se consuela del desprecio de aquellas á quienes ha hecho inútiles anticipaciones, con la esperanza de hacerlas á otras con mejor suceso; que oculta algunas veces su pasión, ménos por recato que por hacerla valer mas, ó excitar las de los otros; que se apresura á tomar lugar cerca de aquellos que quiere hacer pasar por sus amantes, temiendo no se coloquen cerca de ella; que

en los lugares públicos vuelve la cabeza á todos lados, y que habla ménos para ser oída de aquellos con quienes está, que de los que se encuentran en otro lugar; que cuenta por nada los ademanes libres é insufribles que hieren el pudor y la honestidad; que se prepara, sin alarmarse, á todas las consecuencias de una intriga, y le es indiferente lo que puedan pensar de su conducta y de sus afectos con tal que consiga hacer algun ruido ó ser amada; que sostiene, con los hombres que la han abandonado por desprecio, los tonos indecentes, las burlas y todas las muestras de su facilidad con una frente de estaño, y sin dar la menor señal de enmienda ni de arrepentimiento; que se gloria de arrastrar por todas partes sus esclavos, y que para hacer notar la pasión que tienen por ella, despier-ta sus zelos, y turba su seguridad con modales dulces y fáciles, y con miradas tiernas y apasionadas que parecen pedir amor, y les da esperanza; que con detrimento de la modestia y de lo que debe tener de mas caro, busca los medios de hacer entrever las cartas y los presentes que recibe, los gastos y las partidas de placer que se hacen por ella; que, en una palabra, ostenta tener los amantes mas indiscretos, y la confianza de las mujeres que nada tienen que perder.

Qué cuadro! ¿Qué hombre osará ser el amante ó el esposo de tal mujer?

Increíble parece que haya mujer que tenga la osadía de presentarse así al público; que, profanando los dones preciosos que ha recibido de la naturaleza, y abjurando todo pudor, descienda del alto rango en que ha sido colocada, y se rebaje hasta el punto de ser inferior á los animales irracionales.

§. 9.º

Postura de las mujeres en sociedad.

Una postura natural, sin afectacion ni prevencion, es la que conviene mejor á las mujeres. Sentadas, ó de pié, deben estar sin entorpecimiento, y sin abandono ó negligencia. Una persona bella que parece admirarse á sí misma, agrada mucho ménos que la que conserva una postura graciosa y decente.

La marcha de una mujer no debe ser ni muy viva ni muy lenta; el paso mas fácil y mas cómodo es el que fatiga ménos, y agrada mas: el cuerpo y la cabeza deben estar rectos sin afectacion y sin altivez, los movimientos, sobre todo los de los brazos, fáciles y naturales. La mirada debe ser dulce y modesta.

No es de buen tono que una mujer hable

con mucha vivacidad, ni muy alto. Cuando está sentada, no debe ni cruzar las piernas, ni tomar una actitud atrevida. Debe ocupar casi todo su asiento, y no manifestar que está molesta en él, ni con demasiada comodidad. Hay mujeres que están sujetas á hábitos, y á gustos extravagantes: preciso es hacer grandes esfuerzos para vencer semejantes hábitos, y tener mucho cuidado en no contraerlos. Es necesario evitar el tener resabios, hacer gestos y muecas, mover los ojos á un lado y otro &a: son estos inconvenientes que siempre chocan. Las risas convulsivas no lo son ménos: la linda boca de una mujer ha sido formada para la sonrisa graciosa, y no para reir á carcajadas.

Es mas fácil y mas agradable para una mujer ser realmente lo que debe ser, es decir añadir á los encantos de su persona los de su carácter, de sus hábitos y de su humor, que afectar el tono y los ademanes de un hombre. Debe esmerarse en poseer todas las cualidades que pertenecen á su sexo, y huir de todo lo que es un defecto en el carácter del hombre. Los modales libres y despejados que se notan en algunos, son defectos insoportables en una mujer. Un aspecto afectuoso, afable y casi tímido, una tierna solicitud hacia aquellos que están á su alrededor, deben

mostrarse en toda su persona. Su fisonomía ha de respirar la esperanza, la dulzura y la satisfacción; y desterrar de ella el abatimiento la inquietud, y el mal humor.

Las mujeres no están ménos libres de pasiones que los hombres; pero tienen mas interese que ellos en ocultarlas. Deben hacer todos los esfuerzos posibles para vencerlas; y si tienen la dicha de conseguirlo, deben dejar ignorar que han estado sometidas á su imperio.

FIN DE LA TERCERA PARTE.



CUARTA PARTE.

SOBRE EL DECORO RELIGIOSO.

§ 1.º

Deberes del hombre hácia la Divinidad.

Existe un Dios superior al hombre, y motor del universo que formó con su omnipotencia. A él debemos nuestra existencia, nuestra conservacion, nuestro bienestar y nuestra felicidad. Es él quien ha colocado sobre nuestras cabezas esos globos luminosos que fecundan las cosechas, y alumbran nuestros pasos en la oscuridad.

Todo aquí abajo atestigua su poder y su grandeza; todo anuncia su gloria infinita. ¿Y el hombre permanecería espectador mudo é insensible de tantas maravillas? No: el hombre, dependiendo naturalmente del Creador, le debe respeto, subordinacion y reconocimiento. ¿Hay un tributo mas legítimo, un deber mas sagrado que el homenaje que debemos al principio constitutivo de todas las cosas, á aquel que es el autor de todo bien?

Seria, pues, la mas monstruosa ingratitud no desempeñar para con el Ser Supremo los deberes que nos imponen los beneficios con que no cesa de colmarnos. Los que se desviasen de ellos, se expondrían á una vergüenza merecida, y podrian compararse á esos animales salvajes y feroces que amenazan la mano que los alimenta y prové á su subsistencia. Entónces se harian indignos de los cuidados del ser increado que vela sobre toda la especie humana.

§ 20.

Decoro que debe guardarse en los templos.

El hombre, penetrado de las grandezas de Dios y de sus admirables perfecciones, le levantó en las ciudades, en medio de sus habitaciones, templos públicos para venerarle é ir en dias señalados á ofrecerle su incienso y el tributo solemne de sus adoraciones.

El culto que se rinde á la Divinidad en esos santos edificios, exige de nosotros un decoro bien diferente del que debemos observar con nuestros semejantes en el comercio ordinario de la vida. En la sociedad, el hombre no tiene relaciones sino con el hombre; y á pesar de la desigualdad que causan el naci-

miento, el rango, las dignidades y las riquezas, el intervalo no es tan largo que no pueda salvarse. Son seres creados, todos igualmente sujetos á las enfermedades, á las contrariedades y á la destruccion. Tarde ó temprano los unos y los otros perecerán, y su polvo atestiguará la vanidad de sus títulos, y la nada de su superioridad.

Pero del hombre á Dios qué distancia !.... El ser incorruptible comparado al ser sujeto á la corrupcion; el ser eterno al ser expuesto á la destruccion y á la muerte; el ser soberanamente perfecto á la criatura sujeta á todas las imperfecciones.

De ahí el respeto religioso y la humilde veneracion mandados y guardados en todos los tiempos y por todos los pueblos en los templos levantados al autor de la naturaleza,

Al entrar en la iglesia del verdadero Dios, se empieza por tomar agua bendita. Estais acompañado de una dama ó de cualquiera otra persona á la cual debais respeto; adelantaos para presentársela de un modo político; ofrecedle un asiento ó un lugar conveniente, y colocaos luego detras de ella.

Mostraos con recogimiento, y seguid exactamente lo que se practica durante el servicio divino; es necesario sentarse, estar en pié ó ponerse de rodillas, segun que el caso ó las

circunstancias lo exijan en las ceremonias del culto.

Presentaos en el templo con un vestido decente, sin ostentar la pompa, el lujo y la magnificencia. Un corazón puro, he ahí lo que exige la Divinidad: ella rechaza una ostentación impertinente.

Es contrario á la santidad del lugar pasearse en una iglesia como en una plaza pública, conversar allí como en una casa particular, dirigir miradas de curiosidad á un lado y á otro, escandalizar por lo mismo á los asistentes con una postura indecorosa ó irreverente, y perturbar las oraciones y súplicas de las personas religiosas.

¡Léjos del arca santa esos hombres impuros cuya presencia insultaría á la Divinidad en su santuario! Mortales, pensad que en este recinto habita el Dios de las naciones, el protector de vuestras familias, y que es necesario no aproximarse á él sino con un corazón puro, un respetuoso rendimiento, y una humillación religiosa.

Se debe concluir de allí la necesidad que hay de llevar á estos edificios sagrados el recogimiento mas profundo. Si en efecto tenemos cuidado de tomar un exterior sumiso y decente cuando nos presentamos delante de los hombres revestidos de alguna dignidad,

de quienes esperamos alguna gracia, algun favor, ó cuando vamos á manifestarles nuestro reconocimiento por sus servicios y beneficios; con qué anonadamiento debemos parecer ante los ojos de aquel que es la fuente y el tesoro de todos los bienes, el dispensador supremo de las fortunas; de aquel que levanta y destruye los imperios y tiene en sus poderosas manos los destinos del mundo.

Cristianos, jamas os presentéis en los templos con un exterior disipado, y penetraos de la grandeza del que los consagra con su presencia, y se abaja hasta descender sobre la tierra, para habitar entre los hombres.

§ 3. °

Deberes que han de observarse en los dias destinados al culto divino.

Obligados á procurarse con el trabajo los medios de subsistencia, los hombres establecieron ciertos dias de reposo que consagraron al culto de Dios. Entónces las operaciones manuales fueron suspendidas, se cerraron los talleres, y se reunieron en los templos para dar al Eterno acciones de gracias, y reconocer sus beneficios.

La Religion nos ordena consagrar estos san-

tos dias con buenas obras, con una renovacion de fervor, y un aumento de amor hácia la Divinidad.

Muchas personas hay que pasan en ejercicios perniciosos, en los desórdenes y en la embriaguez esos instantes reservados para el culto del Eterno. Sin embargo, no es para abandonarse á las disoluciones, ni para entregarse al libertinaje que la moral pública ha establecido estos dias de fiesta.

El hombre que se deshonra con semejante conducta, debe convencerse que al crimen de irreligion, añade aun el crimen del mal ejemplo que da á sus hermanos, y que multiplica de una manera espantosa los escándalos y los trofeos vergonzosos de la inmoralidad.

Mientras que todo un pueblo de rodillas se prosterna al pié de los altares y se humilla delante de la Omnipotencia celeste, el impío degrada con su desenfreno la imágen y los mas bellos dones del Creador:

§ 4.º

Burlas sobre la Religion contrarias al decoro.

¿ Hay nada mas indecente y mas impío que burlarse del culto y de la Religion? El que

osa cometer tales irreverencias, merece pasar por un insensato, ó por un hombre de mala fe.

Vosotros los que os desencadenais así contra lo que el hombre tiene de mas caro y mas sagrado ; vosotros no habeis conocido jamas los consuelos sublimes y afectuosos de la Religion ! Si quereis despojaros de esas ideas de sujecion que nos elevan hácia un ser superior á nosotros; si no descubriendo ninguna cosa mas allá de la materia y de la nada, os limitais al presente sin inquietaros del porvenir; si desconoceis la mano sobrenatural que se manifiesta en toda la naturaleza; si abjurais en fin la creencia de un Dios, ¡ ah ! guardad para vosotros esta opinion temeraria y estéril, y dejadnos nuestros altares, nuestros templos, nuestro Dios, nuestra inmortalidad y nuestra esperanza.

El hombre seria un ser bien desgraciado de la Providencia, si sobre esta tierra empapada de sus sudores, y regada con sus lágrimas, en medio de las angustias, de las contrariedades y de las privaciones, no tuviese en perspectiva una vida mas feliz, un porvenir mas consolador; si no viese á una distancia aproximada un ser bueno, compasivo, y misericordioso, que le muestra de léjos el término de sus males, y le tiende los brazos

para recibirle en su seno paternal, y recompensarle allí las virtudes que haya practicado sobre la tierra.

Cesad, pues, vuestras blasfemias, y no perturbéis con chanzas indecentes la piedad de los verdaderos adoradores de Dios.

En cuanto á nosotros miembros de la gran familia, y adictos desde nuestra infancia á la Religión santa, no hablamos jamas de ella sino con el respeto mas profundo. El decoro excluye toda especie de burla tocante á la moral pública.

§. 5.º

Decoro que se debe á sus Padres.

Colocamos en la parte consagrada al decoro religioso, el que se debe á aquellos de quienes hemos recibido la vida. Aunque esta ley tiene su origen en la naturaleza, es especialmente mandada observar por la Divinidad, y constituye una parte esencial de nuestros deberes religiosos. El autor de todas las cosas, el Creador del universo nos lo ha ordenado expresamente. "Hijos, escuchad los consejos de vuestros padres, y seguidlos escrupulosamente, á fin de que os salveis," ha dicho un escritor sagrado. El hijo que honra á su ma-

dre, reúne un rico tesoro; y el que venera y respeta á su padre, recibirá despues, por parte de sus descendientes, contento y alegría, y el Ser Supremo oirá sus humildes súplicas. El que teme al Señor su Dios, honra á sus padres, y se somete á ellos como un sirviente está sometido á su amo. Honrad á vuestro padre y á vuestra madre á fin de que vivais largo tiempo. Tales son los saludables preceptos que nos da la religion relativamente á aquellos de quienes hemos recibido la existencia.

Cualquiera que sea el empleo ó la dignidad de que estemos revestidos, ninguna consideracion nos dispensa de satisfacer á nuestros padres el respeto que les debemos. En todas partes y en todas circunstancias, los hijos están obligados á mostrar el decoro riguroso que exige la calidad de padre y de madre: es necesario manifestarles su respeto y deferencia con señales exteriores, saludarlos con amor y amistad, hablarles con la mayor sumision, agasajarlos con sus atenciones, rodearlos de homenajes públicos, y guardarse bien de faltarles en ninguna circunstancia.

¡Qué vergüenza redundaria, pues, sobre un hijo desnaturalizado que afligiese de una manera escandalosa á aquellos que la Religion y la naturaleza le ordenan querer y respetar. ! Se cubriría de oprobio y de ignominia y

atraeria sobre él las maldiciones de la tierra y las venganzas del cielo; los compañeros mismos de su libertinaje y los imitadores de su culpable indocilidad le mirarian con horror. ¡Qué mayor castigo mereceria aun, si ademas de sus desarreglos, llevase el olvido de sus deberes hasta afligir á sus padres con palabras duras y ultrajantes, si se mofase de sus imperfecciones, si les reprendiese con insultante orgullo, si revelase sus faltas, si les hiciese el objeto de sus burlas, y les cubriese de ridículo!

El que levantase la mano sobre los autores de sus dias seria un objeto execrable á Dios y á los hombres: pasaria por un monstruo en la naturaleza. Su crimen recibiria su castigo en este mundo y en el otro. El se haria odioso á sus propios ojos, y pereceria lleno de remordimiento y de desesperacion. Inútil es referir aquí los castigos terribles que Dios ha impuesto á los hijos ingratos y rebeldes. Conocido es el modo como se vengó de Absalom que se sublevó contra su padre. Un fin trágico y desgraciado fué el justo precio de su criminal desobediencia; fué víctima de su rebellion y de su atentado.

Debe esperarse el ser tratado por sus propios hijos como uno mismo haya tratado á los autores de sus dias. Si se les ha honrado y

respetado, se tendrá derecho á los mismos homenajes, y Dios no permitirá que un buen hijo venga á ser un dia padre desgraciado.

Con obras mas bien que con palabras es que ha de mostrarse á los padres la adhesion que se les debe. Cuando se les ama bien sinceramente se aprovechan todas las ocasiones que se presenten para manifestarlo. Al cuidado que debe tenerse en no hacerles oír sino palabras dulces y obsequiosas, es necesario unir un vivo interes en servirles y obedecerles, serles agradables con tiernos agasajos, y en hacer todo lo que pueda causarles satisfaccion, contento y alegría. En un solo caso estamos dispensados de seguir ciegamente su voluntad, y es cuando nos ordenan alguna cosa contraria á las leyes sagradas de la Religion y de la moral. Uno debe amar á sus padres mas que á sí mismo; pero no debe amarlos mas que á Dios,

Un hijo ménos querido de su padre y madre que sus otros hermanos, está igualmente sujeto á los deberes y obligaciones que le ha impuesto la naturaleza. En esta circunstancia las murmuraciones y la ira serian extemporáneas y aun criminales. Con una mayor moderacion y sumision, con la paciencia y la dulzura es que podrá hacer cesar la predileccion paternal, y volverá á conseguir las

buenas gracias y la amistad de sus padres.

“Tened cuidado de vuestra madre durante todos los días de vuestra vida, decía el virtuoso Tobías á su hijo: debeis recordaros los dolores que ha sufrido por vos, y á cuántos peligros se ha expuesto para daros á la luz, para alimentaros y para educaros.” Honremos, pues, á nuestros padres con toda la sinceridad de nuestro corazon; guardémonos bien de ofenderles en cualquiera cosa que sea, de causarles el menor desagrado, el mas ligero motivo de inquietud ó de pena. No solamente les debemos obediencia y respeto, sino tambien socorros, proteccion y asistencia. Si desgracias inesperadas les abruman, si se encuentran en un estado de afliccion y de angustia, entónces es que la naturaleza reclama sus derechos. Deben emplearse todas sus facultades, todos sus medios para volverles á una situacion mas risueña y mas próspera. Deben alimentarles, procurarles todo lo que les falte, y no sufrir que experimenten los embarazos y las angustias de la necesidad. Cualquiera que sea el número de los cuidados que se tomen por sus padres, cualquiera amistad y deferencia que se les muestre, jamas podrá satisfacérseles debidamente, ni devolvérseles lo que nos han dado.

Sobre todo, en la vejez es cuando necesitan

mas de nuestros socorros; y entónces es que los hijos deben redoblar de zelo, de afecciones y de condescendencia. El sabio dijo: "Cuidad con esmero á vuestro padre en su ancianidad y guardaos de contristarle durante su vida. "Que sus enfermedades no alejen vuestra confianza y vuestra adhesion. Tratadle con mayor respeto, si es posible: y hacedle mas y mas agradables los últimos momentos de su peregrinacion sobre la tierra. Los padres á quienes aliviéis y améis en una edad avanzada, os querrán. Sus manos desfallecidas derramarán las bendiciones sobre vuestra cabeza, cuando su alma desatada de los lazos del cuerpo, vuela á la morada de la Divinidad; pero ¡desgraciados los hijos ingratos ó los hijos desnaturalizados! ¡los autores de sus dias, bajando á la tumba, solo les legarán su odio y su maldicion!

No hablamos aquí de ciertos deberes particulares á que los hijos están obligados para con sus padres. En la renovacion de cada año, la víspera del dia de su nacimiento, es indispensable no faltar en presentarse á felicitar á su padre, á su madre, á sus tios y tias &a.

Se deben tambien consideraciones á sus hermanos y demas parientes.

§. 6. °

Lo que el hombre religioso debe á sus semejantes.

Salidos de la mano de Dios; hijos de la misma sociedad, leemos trazada en la lista de nuestros deberes la obligacion especial de ayudarnos reciprocamente, y de ejercer los unos hácia los otros las obras de la caridad religiosa,

1. ° Debemos amarnos mutuamente porque Dios, siendo nuestro padre, necesariamente quiere que no exista entre nosotros ninguna division, ningun motivo de discordia. El mira á todos sus hijos con los mismos ojos; hace lucir el sol sobre los buenos como sobre los malos; y protege la breña de los prados como el roble de la montaña.

2. ° Nos debemos socorros recíprocos. Las hordas salvajes, los animales, aun los mas feroces, se ligan en el peligro comun y se prèstan mutua asistencia; mas nosotros, que estamos dotados de las luces de la razon, nosotros, los servidores de Dios, hemos contraido solemnemente el compromiso irrevocable de socorrernos en todas nuestras necesidades.

El decoro religioso va mas léjos: nos ordena aun prevenir las necesidades de nuestros

semejantes, ayudarles con todas nuestras facultades, y tratarlos como lo haríamos con nosotros mismos. Ved por que la limosna se recomienda como una virtud tan agradable á Dios, y de una eficacia tan poderosa, que acumula un tesoro en el cielo para el hombre misericordioso.

Así las personas verdaderamente religiosas no se separan jamas de este deber de caridad, que da tanto lustre á las otras cualidades del corazon, y que duplica los goces del alma. Nada en efecto hay que nos acerque mas á la Divinidad, que el poder, el deseo y la facilidad de hacer el bien.

3. ° Debemos respetar en nuestros semejantes la calidad de adoradores de Dios. No tratemos nunca de encontrarles defectos; por el contrario ocultemos á los ojos del público sus malas inclinaciones inseparables de la debilidad humana.

Establezcamos entre nosotros una union firme, constante, y duradera. Todo lo que Dios nos ha prescrito tiende á consolidarla. Todos sus preceptos son otros tantos lazos que deben estrecharla mas. Siempre que seamos negligentes en llenar estos deberes indispensables, aflojamos los nudos que deben reunirnos, y cuando tengamos la desgracia de faltar á ellos, la cadena se rompe del todo.

Así nos separamos del verdadero fin para que hemos sido creados; rompemos los anillos que hacian un todo de la gran familia, y nos sublevamos contra la voluntad del buen padre que solo se ocupa de nuestra felicidad.

§ 7. °

Lo que el hombre religioso se debe á sí mismo.

Si estamos obligados á guardar á los otros los miramientos que la sana moral ordena y autoriza, existen, con relacion á nosotros, reglas de decoro particulares, y de una austeridad no ménos rigurosa.

Huid de la ociosidad: primera virtud. Hemos nacido para el trabajo: abandonados á nosotros mismos, sin ocupacion y sin recreo, caemos en un mortal fastidio. El hombre ocioso se entrega á una imaginacion desarreglada, forma proyectos tan insensatos como ridículos; y fatigado de delirios y mentiras, se consume en un anonadamiento que degrada las mas bellas porciones de sí mismo.

Aquel á quien la fortuna ha reusado sus favores, debe procurar formarse un estado que provea á su subsistencia y á la de su familia; y el hombre opulento, ocuparse de cualquier

modo que sea, á fin de evitarse la languidez del fastidio, y aliviar, por decirlo así, por este medio saludable y útil, las penas del indigente forzado á encorvar su cuerpo bajo los trabajos mas duros y penosos

Segunda virtud. Dar buen ejemplo. Desgraciado el que cause la pérdida de sus semejantes por sus disoluciones, y por la corrupcion de sus costumbres; él será el oprobio de la generacion que haya perdido. En todos tiempos el escándalo público ha sido reprobado como un veneno sutil, y como el enemigo mas peligroso y mas irreconciliable de las virtudes sociales y religiosas.

Guardémonos de dejar apercibir á nuestros semejantes los defectos á que por desgracia estamos sujetos. Tengamos sobre nosotros la mas exacta vigilancia, y que cada dia se vea desarraigar un vicio ó nacer una virtud en nuestros corazones. Es necesario, sin embargo, no caer en el defecto contrario, haciendo alarde de nuestras buenas acciones. La modestia debe ser la compañera de cuanto hagamos; es el mas bello ornato que puede añadirse al mérito personal.

Tercera virtud. Horror á la mentira; nada es mas detestable que engañar. Sin la verdad, no existe la confianza ni la buena fe en las promesas: los contratos mas sagrados se ha-

cen ilusorios. Una desconfianza recíproca reina en la sociedad.

Pero la mentira tan criminal en sí, es aun mas odiosa entre los hombres que contratan bajo los ojos de Dios mismo. Los preceptos de la moral divina hieren con el mas horrible anatema á los pérfidos y á los engañadores que tratan de aprovecharse de la credulidad de sus hermanos, y que contando por nada los actos mas legítimos y sagrados, miran como una astucia inocente los medios vergonzosos que emplean para eludirlos ó para infringirlos.

El hombre probo debe ser fiel observador de su palabra, y jamas faltar á ella.

Cuarta virtud. Práctica de la beneficencia. La beneficencia ha sido siempre recomendada como una virtud civil: los legisladores de todas las edades han hecho de ella un precepto particular en el código de sus leyes; y en efecto, la razon nos ordena hacer el bien á los otros hombres.

El decoro religioso da á esta virtud la mayor extension: quiere que nosotros prevengamos las necesidades de nuestros hermanos, que vayamos á buscar al pobre bajo el techo de bálago que le cubre, que cedamos al indigente nuestro supérfluo, y algunas veces aun una parte de nuestro necesario. ¡Precepto sublime!

cuya ejecucion procura á las almas una seguridad tierna y pura, un placer delicioso, y le da sobre la tierra una fruicion anticipada de la felicidad futura.

En vano nuestro amor propio trata de traspasar los límites que la sana moral ha prescrito. El decoro le opone una barrera y detiene sus movimientos impetuosos: en una palabra, el decoro dulcifica las costumbres, suaviza el carácter, pone un freno á las ilusiones del orgullo, calma la fôgosidad de las pasiones, hace las virtudes mas amables; y el hombre que se somete á sus leyes tutelares, viene á ser aquí abajo una imágen viva de la sabiduría eterna. Se busca con diligencia su sociedad, se le cita como un modelo; y todos los que le conocen, deseosos de parecersele, rinden un homenaje público á sus maneras agradables, á la amabilidad de su carácter, y á todas las perfecciones de su corazon y de su alma.

FIN DE LA CUARTA PARTE.



QUINTA PARTE.

DE LOS PRECEPTOS DE LA DECENCIA.

De todas las guías que se deben seguir para conducirse con decencia en el comercio del mundo, no hay una mas segura que la discrecion.

Nada es tan conveniente á este comercio, como el discernimiento de las cosas que atraen el amor ó el odio: es una ciencia que debe estudiarse desde muy temprano.

Evitad siempre la mucha abundancia de palabras, la lentitud ó la precipitacion al hablar, el tono alto y arrogante, las relaciones frívolas, los cuentos muy comunes ó demasiado largos, las explicaciones, los detalles, las digresiones, la multiplicidad de ejemplos, y los cumplimientos: todo esto impacienta, y no divierte.

El mas necio personaje que puede hacerse es el de hablar sin ser aprobado de los que escuchan.

El medio mas seguro de no obtener la aprobacion de ninguna persona, en sus acciones como en sus discursos, es el de solicitarla, sea por sus miradas ó por sus palabras.

Ceded siempre ménos al deseo que teneis de hablar, que al que se tiene de oiros.

No prostituyais vuestra aprobacion si quereis que se complazcan de ella; y sobre todo no recibais la de los otros sino con la mayor modestia.

Nada, sin duda, puede haceros mas amable que la complacencia. Sin embargo, cualquiera razon que tengais para ejercerla, guardaos bien de obrar contra el sentimiento comun, y de contrariar las verdades recibidas.

Hay cierta dulzura, cierta facilidad de costumbres que agrada extremadamente á los otros; pero es necesario que sea obsequiosa sin ser servil, y que sin aprobar nada por complacencia, nada apruebe sin eleccion.

Desconfiaos de la exageracion: si os acostumbrais á ella, os pondrá en un ridículo insoportable: como os hará hablar *sin medida* de las cosas mediocres, no os quedarán expresiones para las de mas consideracion. ¿Qué sucederá? que os vereis reducidos á tratar igualmente las unas y las otras. Entónces, ¡qué extravagancia! y la decencia no quiere reconocer ninguna.

Uno de los mayores inconvenientes es alabar con exceso y fuera de tiempo. Las alabanzas excesivas y mal colocadas no honran ni al que las da, ni á las personas que las reciben.

La naturaleza misma tiene sus límites. Veis el agua, la tierra, el fuego y el aire: estos cuatro elementos están divididos y encerrados cada uno dentro de los suyos. Los límites son siempre *decorosos*: así la alabanza mas delicada y la mejor recibida es aquella que da mas que pensar que lo que expresa.

Así como el respeto os prohíbe hablar con desprecio de vuestros superiores, no os permite tampoco alabarles sin una respetuosa circunspeccion.

Acordaos que jamas es conveniente decir cuanto sabéis; y aplicáos á hablar siempre lo que sea á propósito decir.

Hay muchas personas que encuentran el secreto de fastidiar, diciendo muy buenas cosas, por el vehemente deseo que tienen de decir las.

Las cosas mas mediocres cuando se colocan á propósito, agradan con frecuencia mas que las mejores del mundo, cuando se dicen fuera de tiempo.

Se agrada muy frecuentemente hablando poco; pero jamas se agrada cuando se habla mucho.

No os abandoneis nunca á la buena opinion que las alabanzas que se os dan pueden hacer os concebir de vos mismo.

Sed siempre vuestro juez, y arreglad todas

vuestras acciones sobre la opinion que debéis tener de vos. Como nada os convendrá mejor que conduciros segun la idea de lo que sois, del mismo modo nada os hará mas ridículo que conduciros segun la idea de lo que no sois.

No es conveniente tener una falsa conducta respecto de los otros, y obrar en todas las cosas con ellos relativamente á lo que no son, ó no obrar con relacion á lo que es uno mismo.

Si se os alaba, estad siempre persuadido que no lo hacen sin interes, y que las alabanzas os harán perder mas de un lado que os harán ganar por otro. Debéis tomar tantas precauciones contra el bien que se diga de vos, como contra el mal que podrian haceros.

No juzgueis jamas de vos mismo, ni por la estima que se os manifiesta, ni por el modo como se os trata. Es mas bien vuestro crédito que vuestro mérito lo que se considera cuando procuran agradaros. Se arreglan mas bien entónces sobre las cualidades superficiales que dejáis notar, que sobre las cualidades sólidas que quizá no tenéis.

No olvidéis que el decoro ordena que dejéis entreveer un modesto embarazo en medio de las alabanzas que se os dan, y sobre todo una gran moderacion cuando se habla mal de vos.

Juzgád siempre con mucha circunspeccion, ó no juzguéis de nada. Examinad las cosas detalladamente, y no decidais jamas al primer golpe de vista. Temed la confusion que arroja siempre sobre sí el haber juzgado provisionalmente de alguna cosa.

Que el respeto y la deferencia que os muestran no os inspire jamas vanidad. No podriais concluir de ellos nada ventajoso sin exponeros á un grande error.

Esta deferencia y este respeto no son siempre un efecto de la estimacion que se tiene á vuestra persona: uno y otro se dirigen con mas frecuencia á vuestro puesto, á vuestro estado; y la estima que se tiene por vos, se arregla sobre vuestro mérito.

El empleo que se hace de las buenas cualidades es el que les dá mayor ó menor precio. Cuidad que por el que hagais de las vuestras, no os *sienten* tan mal como vuestros defectos.

La mayor parte de las cosas de la vida no siendo sino una mezcla de error y de verdad, de perfeccion y de imperfeccion, debeis habituaros á juzgar de todo con precaucion: es por esta mezcla engañosa que las buenas cualidades de las personas mas perfectas como las mas imperfectas, las cosas mas verdaderas como las mas falsas no lo son siempre y en todas partes.

Para juzgar sanamente y con seguridad de las cosas, empezad siempre por examinar, si es que obráis por los movimientos del amor propio, ó por las reglas de la razon.

Si sois prudente y juicioso, preferireis siempre una razon modesta á una razon imperiosa y ligera. Esta juzga de todo con autoridad, y trata mas bien de establecerse por la fuerza que por la dulzura. La primera es la mejor; mas la circunspeccion y la docilidad la han casi sacrificado á la segunda.

Si considerais esto atentamente, vereis que la oposicion que aquellos con quienes disputais hacen á vuestros sentimientos, os desagradan mas que lo falso de sus racionios. No es porque hieran en vos el amor de la verdad, que os incomodais y hablais tan alto; es porque lastiman esa terquedad con la cual sostenéis vuestras opiniones.

No podriais dejar de sentir en vos mismo una dulce y verdadera satisfaccion, si repasando todo lo que hayais dicho en el comercio del mundo, pudieseis lisonjearos de no haber dicho nada que no fuese racional y justo. ¿No vale mas hablar siempre con juicio que brillar en un tiempo y desatinar en otro? El ingenio agrada y divierte; pero el buen sentido que instruye, inspira confianza y capta la estimacion. Se arriesga siempre mucho, y con

frecuencia nada se gana abandonándose á la vivacidad de su ingenio.

Hablad agradablemente, pero sin afectacion. Para no perjudicar vuestros pensamientos tened cuidado con vuestras expresiones; y que ellas sean siempre simples, fáciles y naturales. Nuestras expresiones deben ser el espejo mas fiel de nuestros pensamientos.

Pensad bien al principio, y os expresareis bien en seguidas. Como la verdadera decencia consiste mas en los sentimientos que en las maneras, así consiste ordinariamente en los pensamientos mas que en las expresiones.

Es necesario sacrificar su humor al de la persona con quien se está en sociedad [cuando este humor es racional.] No seais jamas jovial cuando es necesario estar serio, ni serio cuando es preciso manifestarse alegre.

Divertios con los chistes y desatinos de los otros, pero no tomeis parte en ellos. La decencia no os prohíbe reiros, con tal que no sean ellos contrarios á las buenas costumbres; pero os prohíbe casi siempre ser chistosos, y hacer reir á los demas.

Aplicaos á hacer vuestro genio dócil y á propósito para recibir toda suerte de formas. Nada es mas útil y aun mas necesario sobre un teatro tan variable como el del mundo que el saber plegar su genio á la exigencia de las oca-

siones. El uso del genio debe ser universal, y no podriais demarcarle límites sin pretender que los hombres, el tiempo, los negocios y el curso ordinario de las circunstancias cambiasen en vuestro favor, y que todo se acomodase á vuestro deseo sin poder vos mismo acomodaros á nada.

Jamas sereis vituperado de no saberlo todo; pero lo sereis siempre de hablar ligeramente de lo que no sabeis;

Tratad de daros una ocupacion conforme á vuestros deberes y á vuestro estado; con ella sereis mas feliz. No hay personas que sufran mas aun en las menores cosas que las que no han querido proporcionársela.

Todos los medios de agradar no han sido dados al hombre. Conoced el talento que os es natural y tratad de perfeccionarlo. Si lo abandonais por los que la naturaleza os ha rehusado, perderiais la ventaja que podiais sacar de lo bueno que teneis, y no adquiririais quizá jamas lo que os falta.

La complacencia fuera de tiempo es una ridiculez; y la que se rehusa cuando la ocasion la exige es una incivilidad.

Os es prohibido, so pena de faltar á la mas estricta decencia, burlaros de las maneras ridiculas cuando la afectacion no tiene parte en ellas: es una grande incivilidad reírse de los

que no son dueños de desecharlas y que las tienen contra su voluntad.

Cualquiera superioridad de genio ó de talento que tengais sobre los que os han prestado su atencion, es injusto, tanto como impolítico, no prestarles la vuestra.

Es de la naturaleza de un buen corazon y de un buen espíritu creer lo que nos dicen los hombres honrados, sobre todo cuando son nuestros amigos. Por sospechosos que nos parezcan en los negocios que tenemos con ellos, es necesario creer mas bien á la estimacion y amistad que nos han merecido que á nuestra desconfianza.

Vale mas no decir cosa alguna, que no poner atencion en lo que se dice. ¿Y por qué sacrificar la ventaja de hablar á proposito al vano prurito de hablar?

Reir sin objeto es propio de un insensato; reir á carcajadas, ó de una manera inmoderada es una incivilidad.

Aprended á moderar vuestra cólera. La mayor parte de vuestras palabras y de vuestras acciones, cuando vuestra bilis está en movimiento, os quitan la ventaja que os habia dado sobre él el que os ofendió, y lo que es peor, perdeis la estima que se os habia concedido por vuestro carácter.

¿Quereis conocer un medio de modera-

ros en la cólera?. Es el de acordaros que vuestro amor propio, ó vuestra viva sensibilidad aumentan siempre mas del doble en vuestra imaginacion la ofensa que pretendéis haber recibido

Alejad de vuestras quejas la acritud y la animosidad; que vuestra cólera sea solamente la sensacion del mal que se os ha hecho, y no la del que querriais hacer: es el medio mas seguro de atraer á vuestro partido las personas que habrian quizá balanceado entre vos y vuestro adversario.

La decencia se opone á las quejas excesivas que dais al primer venido contra aquellos de quienes teneis motivo de quejaros, y á las alabanzas presentes y exajeradas que dais mal á propósito á aquellos de quienes esperais algun bien.

Tened cuidado de que vuestro resentimiento no os impida hacer justicia á aquellos de quienes os quejáis, ó que vuestra vanidad no os obligue á hacerla con mucha afectacion.

Es necesario que vuestro mal humor no os haga vituperar el mal que se os ha causado, cuando os manifiestan arrepentimiento, y no pueden recordarlo sin confusion. Nada es tan cobarde como triunfar de un buen corazon, á fuerza de echarle en cara las faltas que ha tenido la desgracia de cometer por debilidad ó por sorpresa.

Poned toda vuestra atencion para distinguir en los otros los defectos que vienen de la naturaleza, (y de los que la humanidad os ordena compadeceros) de aquellos que son contrahidos voluntariamente, los cuales podeis vituperaros vos mismo.

Si poneis cuidado, observareis que los defectos de los otros os divierten mas que lo que os conmueven, y que hablais de ellos mas bien por disipacion que para compadecerlos, y corregiros de los vuestros. Ved por lo que se recomienda tanto la indulgencia.

La afectacion en los ademanes, en la postura, en las palabras y en las acciones, es un ridiculo que tiene mucha parte de locura. Las faltas y las extravagancias que cometeis cuando está en vuestra mano ser razonable, os perjudican mas que si fueseis siempre extravagante. La locura sola es mucho mas perdonable que la que está mezclada de razon.

Que vuestro capricho no guie jamas vuestra razon; sino que esta sea la guia de aquel.

La decencia exige que la conducta de cada uno sea conforme á su edad, á su sexo, á su profesion, á su puesto, y al rango que tiene en la sociedad.

Vuestras palabras y vuestras acciones deben daros á conocer tan facilmente, como vuestro

rostro y vuestros vestidos hacen ver vuestro sexo.

No desprecieis en privado los deberes que llenais tan escrupulosamente en público. Las consideraciones que teneis por los otros no os dispensan de las que debeis tener por vos mismo.

La decencia no admite medio entre nuestras acciones y el modo de ejecutarlas.

La verdadera decencia viene del espíritu y del corazón; las maneras no la establecen jamás de un modo positivo. No es el ademán con que ejecutamos las cosas que las hace *decentes*, sino los sentimientos que las producen, y el discernimiento que las acompaña.

La virtud y la honradez, cuando son sinceras, esparcen sobre todas nuestras acciones un aire de decencia que hace que se nos crea bajo nuestra palabra.

Hay una cierta decencia natural y fácil adherida á la persona, que hace notar las acciones más indiferentes y las menos dignas de atención.

La decencia que proviene de los sentimientos atrae la estimación y la confianza general: la que viene de la política y que la política emplea, solo produce desconfianza y desprecio.

Conservar en todas nuestras acciones una

justa proporcion entre los otros y nosotros mismos, es el fondo de la verdadera decencia.

La excesiva jovialidad, las grandes penas, la demasiada alegría, la cólera, el amor, los zelos, la avaricia, en general, todas las pasiones son el escollo mas ordinario de la decencia.

La decencia reprueba todos los placeres que no pueden acordarse con el deber.

La decencia que viene del corazon se manifiesta no solamente en nuestras palabras y en nuestras acciones, sino aun en nuestro silencio mismo.

La falsa decencia sirve para ocultar los buenos sentimientos que se tienen, y ostentar los que no se tienen.

Es casi tan contrario á la decencia afectar ocultarse haciendo el bien, como tratar de hacerse visible.

El gran secreto para no faltar á las reglas de la decencia, es tener siempre la intencion de hacer bien. El bien que se hace con tal disposicion de espíritu es de un precio incomparable; y el mal que se hace, á pesar suyo, no solamente es infinitamente menor, sino que aun puede decirse que hace honor en cierto modo, porque es evidente que uno ha sido la burla de su buena fe, y que su carácter no ha tenido parte alguna en él.

Es muy posible que se hiera la decencia en el modo de evitar el mal, como en el de hacer el bien.

Hay personas á quienes la virtud les sienta casi tan mal como el vicio.

Es una gran falta contra la decencia poner mucha afectacion en observarla.

Quejas, reproches, y aun las injurias, todo sienta bien al verdadero amor; al contrario todo sienta mal al que quiere fingir que ama.

La prueba mas segura de un próximo desórden en las costumbres, es la relajacion de la decencia. Ella es la sola virtud que reprende al que no puede abandonar el camino del vicio.

La verdadera decencia comprende no solo todos los deberes del mundo y de la Religion, sino que influye aun necesariamente sobre nuestras mas simples acciones.

Hablad siempre con respeto de las cosas santas: los impíos, los libertinos mismos quieren que se respete la moral, aunque ellos no la practiquen.

Es preciso no burlarse de las personas que llenan exactamente los deberes de la religion.

No trateis de descubrir una mala intencion en el que hace bien á sus semejantes; es un

crimen juzgar mal, sobre todo cuando se trata de un acto de beneficencia.

Rendid á Dios el culto y las adoraciones que los hijos deben á su padre; así tendreis derecho á las bendiciones del cielo, y á las verdaderas riquezas de la tierra.

No olvidéis que la primera de todas las virtudes para un cristiano es la de llenar los deberes á los cuales está obligado para con su familia y para con la sociedad; que la verdadera piedad es indulgente con los defectos de nuestros semejantes; y que la caridad es la mas amable y la mas afectuosa de las virtudes que el evangelio recomienda.

La falsa devocion es intolerante: hace consistir la religion en la observancia de prácticas minuciosas; tiene toda la corteza de ella, pero le falta el espíritu.

FIN DE LA QUINTA PARTE.



DE LA BUENA COMPAÑIA

SEXTA PARTE.

DE LA DECENCIA EPISTOLAR.

§ 1.º

Del arte de escribir cartas.

El ceremonial de las cartas consiste en ciertas fórmulas que el uso ha consagrado, que la civilidad y el respeto han dictado, y que son graduadas según la edad, el sexo y el rango de las personas á quienes se escribe.

El arte de dictar cartas no es difícil para el hombre que tiene uso del mundo y que se ha acostumbrado á pensar con rectitud, y á expresarse con pureza. Para conseguirlo es necesario unir á la ciencia del ceremonial, un estilo natural, una coordinacion fácil en sus ideas, mucha claridad, y una gran propiedad en la expresion.

Una carta está bien hecha cuando no contiene sino lo que se diria á la persona misma á quien se escribe, si estuviese presente; toda la diferencia que debe haber es que en la conversacion no se tiene siempre tiempo de

poner en órden exacto lo que tiene que decirse sobre una materia, miéntras que en una carta hay tiempo suficiente para corregir y quitar todo lo que es extraño al objeto en cuestion.

El estilo no se forma sino con la lectura de buenos modelos y el hábito de escribir.

No hay ciencia, negocios, ni afectos que no puedan suministrar materia para una carta: para cada especie de cartas hay reglas particulares que vamos á indicar en compendio.

§. 2.º

De las diversas especies de cartas.

Las cartas de negocios deben ser simples y claras. El que crea que se le entenderá con medias palabras, no se explica lo suficiente, y embaraza á la persona que recibe su carta. Otros al contrario se imaginan que jamas se les comprenderá bastante, y repiten en medio y al fin de una carta lo que ya han tratado al principio. Es preciso saber evitar estos dos defectos.

Las súplicas y las memorias deben estar escritas de modo que interesen en favor del que expone y suplica: el órden, la brevedad y la verdad son muy necesarios. Guardaos

de mezclar en ellas cosas que desvian la atencion, y de hacer largos razonamientos que serian fastidiosos ó sospechosos.

Las cartas de amistad son familiares; el corazon solo debe dictarlas: no se excluye en ellas el talento; pero no debe brillar. Sin embargo, tampoco es permitido escribir sin eleccion y á la ventura todo lo que se venga á la imaginacion. Un amigo recibe siempre gozo al ver que se le estima bastante para que nada se le escriba que no sea digno de él, y que no pueda serle agradable ó útil.

Las mas difíciles de todas las cartas son las de cumplimientos, porque con frecuencia no versan sino sobre un objeto que nada suministra. Mas cuando el objeto es real, la elocuencia es permitida. La perfeccion entónces consiste en darle un giro gracioso que suavize el incienso demasiado fuerte de las alabanzas directas, y en un cierto aire de sinceridad que haga creer que vuestro corazon está penetrado de estimacion ó de respeto mas allá de lo que vuestra pluma puede manifestar. Como en esta clase de homenaje os proponéis agradar, no pongais nada que no convenga á la persona á quien lo tributais; evitad las repeticiones; expresaos sin vanidad y sin bajeza, y de una manera noble é ingeniosa.

Las cartas de moral deben escribirse con un estilo mas vivo y mas fuerte que las otras. Los sentimientos deben ser bellos, instructivos y expresados de un modo cierto y agradable. Todo debe dirigirse al bien de la persona á quien se escribe; es la única mira que debe tener un filósofo de buen sentido, y que ha visto el mundo como hombre honrado.

Cuando se aconseja á un amigo es necesario manifestar que solo se atiende á su interes y á su honor; hacerle saber que vuestros consejos son seguros y sinceros, y decirle con espíritu que á los que los han seguido les ha ido bien, y que obrará sabiamente tomándolos por ejemplo.

Si teneis noticias agradables que anunciar, referidlas con un estilo vivo y alegre, sin que haya nada superfluo, lánguido, ni oscuro. De otro modo vuestra relacion seria fastidiosa, ó disgustaria.

Las cartas de recomendacion son fáciles; ellas deben versar sobre el mérito de la persona que se recomienda, y sobre la justicia de la cosa que se desea. Para recomendar á alguno se dice que su negocio es muy justo; que se le mire como suyo propio; y que así se le suplica ardientemente que lo apoye.

Si teneis que agradecer algun presente que se os haya enviado, alabad el regalo, hablad de su belleza y sobre todo del modo con que

ha sido dado. Mostrad un corazón tan lleno de reconocimiento, como el de la persona liberal está lleno de generosidad.

En las cartas de excusa hay diversas maneras de excusarse, pero puede decirse en general que se excusa uno ordinariamente de no haber hecho una cosa, por la imposibilidad que ha habido de hacerla, por lo poco importante que era, ó por el embarazo en que ha estado, que no le ha permitido pensar en otros negocios que en los suyos propios.

La manera de escribir una carta de pésame puede variar tanto como el objeto. Es ó la pérdida de un pariente, ó la de un amigo, ó la de alguna parte de la fortuna, ó alguna injusticia ó desgracia por las que quiere ofrecerse consuelos. Si es la pérdida de un pariente que teneis que deplorar, direis á la persona que la ha experimentado que su dolor es muy justo; pero que ella debe por lo mismo poner límites á este dolor, y no sufrir que el tiempo haga sobre su espíritu lo que la razón sola debe hacer. Podeis decirle tambien que siendo amado de todos los hombres honrados, no hay uno que no tome parte en su tristeza, lo que debe hacérsela ménos sensible; pero que de todos los que participan de ella, no hay uno que esté tan conmovido como vos.

Si teneis que consolar á alguno de la pérdida de un amigo, haced, si os es posible un elogio ingenioso, pero sucinto de la vida de aquel á quien echais de ménos, y concluid con destreza, que no debe sentirse la pérdida de los dias de una persona que los ha pasado tan honradamente, y que en esta circunstancia lo que hay que hacer es guardarle un puesto particular en vuestra memoria y en vuestro corazon.

En las cartas de alabanza es necesario escoger lo que la persona á quien se dirige tiene mas laudable. La carta agrada tanto mas cuanto que los elogios que ella encierra son verdaderos, justos y aplicables al que los recibe. Nada agrada tanto como la verdad, y lo que caracteriza ingeniosamente el mérito de las personas. Las alabanzas que no tienen este carácter no pueden agradar. Por ejemplo: si se quiere hablar á una dama por sus esquelas, se le dice que ella se explica con fineza, que causa zelos á los que escriben mas cortesanamente, que les arrebatan la gloria de que se precian; se le asegura que ella imagina cosas extremadamente lindas, que por medio de estas cosas ella encanta, y que es imposible no honrar, y aun no amar á una persona que tiene qualidades de espíritu que corresponden tan bien á las del cuerpo, y á las del corazon.

Acontece algunas veces que se hacen sátiras en las cartas; pero todos no saben hacerlas bien. Se cree que decir injurias es ser agradable satírico: se engañan. No se deben criticar sino los defectos que merecen serlo, y aun para reírse de ellos, es preciso hacerlo con un estilo delicado é ingenioso. Injuriar groseramente á alguno es satirizarse á sí mismo. Con tal pensamiento yo no responderia á los que me injuriasen, porque las injurias que me hubiesen dicho recaerian sobre ellos, y harian una sátira tan completa cual no podria desearla jamas.

En las cartas de reproches, sobre todo, es necesario evitar decir injurias: los reproches groseros é injuriosos disgustan, y dan mal que pensar del que los hace. Es preciso, pues, hacerlos con un estilo diestro que, sin mostrar mucha acritud, haga conocer á la persona el agravio que ha hecho, y en qué ha faltado realmente.

En las cartas de quejas se dirá que se ha sufrido largo tiempo sin manifestarlo; pero que las cosas han llegado á tal punto que no se puede guardar mas silencio; que se rompe sin embargo á pesar suyo, con la esperanza de que cuando la verdad sea en fin conocida, los que nos han tratado tan cruelmente tomarán

maneras mas dulces respecto de nosotros, y que aliviarán las penas que hemos sufrido por amor á ellos con una paciencia llena de respeto.

Respecto de las cartas concernientes á la ausencia, se hará notar á la persona amada que se sufre, estando léjos de ella, todo lo que no puede sufrirse mas; que su ausencia le es muy dura, y que nos hará sin duda sucumbir, si el cielo no nos envia bien pronto el objeto que amamos y respetamos tan tierna y verdaderamente.

Nada parece mas difícil que una relacion en una carta. Es una pequeña obra maestra cuando está bien hecha. La carta es ordinariamente chistosa. Las circunstancias de las cosas que se narran deben ser descritas agradablemente, y de modo que hagan regocijar el espíritu. No debe haber nada oscuro ni superfluo. Si al contrario, el objeto es triste y afflictivo, la relacion debe hacerse de modo que enterezca el alma de la persona á quien se dirige.

No hablaremos mas de los preceptos sobre el modo de escribir las cartas, porque pueden variar tanto como los objetos, cuyo número es infinito. Pasaremos á las reglas del ceremonial propiamente dicho.

§ 3.º

Del ceremonial epistolar.

Servíos del estilo sostenido para las personas á las cuales debeis respeto; del estilo fácil, jocoso, y aun burlesco para vuestro amigo; y del estilo galante ó de buen gusto para las damas en general. No useis de chanzas con las personas de un rango mas elevado. Algunas veces sucede que un grande honra con su amistad á un hombre de menor condicion, y le agrada que le escriba sin aparato. En este caso es permitido usar de la confianza que él dispensa; pero es preciso evitar el abuso, y hacerle conocer de tiempo en tiempo que se está pronto á entrar en los términos del respeto.

Cuando escribais sobre un asunto, consideradlo todo entero ántes de hacer vuestra carta, y tratad en seguidas lo que le concierne para no volver á él despues de haber hablado otra cosa.

Si teneis muchos objetos de que tratar en una misma carta, empezad por el mas importante; porque si la persona á quien escribis es interrumpida cuando está leyendo, tendrá mas impaciencia en volver á tomar la lectura cuando haya encontrado alguna cosa interesante.

Es útil y cómodo empezar un nuevo renglon á cada cambio de materia.

Despues de haber escrito *Señor ó Señora* arriba de una carta, es una falta comenzarla con una de estas palabras; por ejemplo *Señor: la Señora vuestra hermana me escribe que*. Es preciso decir: *tengo noticia por una carta que me escribió la Sra. vuestra hermana*.

Es una grande impolítica escribir *vuestro padre, vuestra madre*. Se dice siempre. *El Señor vuestro padre, la Señora vuestra madre*

Es una falta de respeto nombrar la persona á la cual se escribe.

Guardaos tambien de cumplimentar á otro en una carta escrita á una persona de respeto. Escribid á ese tercero lo que quereis hacerle saber.

Las palabras de *Monseñor, Señor, Señora, Señorita, Majestad, Alteza Exelencia*, no deben escribirse jamas en abreviatura, sea á la persona, sea hablando de ella, cuando tiene alguna relacion con el que debe recibir la carta.

Las cifras no se emplean sino para las sumas y las fechas; los números de hombres, de dias, de semanas, &a. se escriben todos en letras.

§ 4.º

De la forma interior y exterior de las cartas.

La forma interior de la carta comprende los títulos y las calidades de las personas á quienes es justo dárselas; las frases más ó ménos obsequiosas de que uno se sirve; la manera más ó ménos respetuosa con que el principio y el cuerpo de la carta están dispuestos; los términos más ó ménos sumisos de que uno se sirve para la suscripcion, la firma y el sobre escrito.

La forma exterior comprende la magnitud del papel; las distancias que es necesario guardar entre el membrete y la primera línea, entre la última línea, la suscripcion y la firma; el modo de doblar las cartas, la eleccion y la aplicacion del sello.

Se escribe al Papa al principio de la carta: *Santo padre, ó muy Santo padre*, y en lugar de *vos, vuestra Santidad ó vuestra Beatitud*; á un cardenal príncipe: *Monseñor, vuestra Alteza eminentísima*.

A un cardenal: *Monseñor, vuestra Eminencia*.

A un Arzobispo ú Obispo: *Monseñor, vuestra Grandeza*

A un Emperador ó una Emperatriz se les

dice: *Señor ó Señora*; y en lugar de vos, *vuestra Majestad imperial*.

Al Rey se le dice igualmente *Señor, vuestra Majestad*.

A la Reina *Señora, vuestra Majestad*.

Al hermano del Rey *Monseñor, vuestra Alteza real*,

Y lo mismo á los hijos del Rey.

A un príncipe soberano: *Monseñor, vuestra Alteza serenísima*.

A un príncipe: *Monseñor, vuestra Alteza*.

A un Embajador, ó á un ministro *Monseñor, vuestra Exelencia*.

A un Canciller: *Monseñor, vuestra Grandeza*. Los títulos de Grandeza y Exelencia no se dan á las damas.

A las hijas del Rei se les llama *Señoras* desde la cuna.

A un Mariscal se le dice: *Monseñor, ó Señor Mariscal*

A un Subteniente general: *Señor Jeneral, ó Jeneral simplemente*[*].

Los que tienen un conocimiento exacto del lenguaje y de los usos de la Corte, saben cuales son las maneras de expresarse mas ob-

(* No puede establecerse una regla general para el tratamiento de los empleados en las Repúblicas porque él depende de la costumbre que en cada una de ellas se ha observado, y de las leyes dadas sobre el particular.

sequiosas. Ved algunos ejemplos, en los que se notarán fácilmente los grados de respeto.

“He recibido la carta con que habeis tenido á bien honrarme”

“He recibido la carta que me habeis hecho „ la gracia de escribirme.”

“He recibido la carta que me habeis hecho „ el honor de escribirme.”

“He recibido la carta que os habeis dado „ la pena de escribirme”

“He recibido vuestra carta de 12 del mes.”

Hay algunos que comienzan sus cartas con estas palabras: *He recibido la vuestra de 12 del corriente*; es una falta; es necesario decir: *vuestra carta*. Ese estilo es el de los comerciantes; y no de una persona que escribe políticamente. Es necesario variar y no atenerse siempre á la misma fórmula.

Es preciso no repetir en las primeras frases de una carta el nombre *Monseñor, Señor, ó Señora*, por el cual se ha principiado. Mas cuando se escribe al Rei, á un Príncipe, ó á un Ministro, es necesario desde la segunda línea emplearse las palabras *vuestra Majestad, vuestra Alteza. y vuestra Excelencia*, y repetir las de tiempo en tiempo en el cuerpo de la carta, si tiene alguna longitud.

No deben ponerse jamas en una carta las palabras: *Señor* despues de *vuestra Majestad*

ni *Monseñor* despues de *vuestra Alteza* ó *vuestra Eminencia*. Pero pueden ponerse ántes. Así, puede decirse por ejemplo, *Señor, vuestra Majestad no sufrirá que, Señora vuestra Majestad es tan modesta*, y así de los demas.

En cuanto á la suscripcion de una carta, no se pone *Soi* simplemente, sin añadirle una de estas frases: *con el mas profundo respeto*, con un perfecto rendimiento, con una adhesion perfecta &a. A las personas que tienen el título de *Majestad, Alteza, Eminencia, Grandeza, &a.* se les dice: *Soy de vuestra Majestad, de vuetra Alteza &. el mas humilde &a.*

Las palabras estimacion y afeccion no se emplean sino con las personas de un rango inferior, porque no son ni bastante políticas ni bastante respetuosas; mas cuando están acompañadas de alguna otra expresion que las realze, entónces no tienen nada de chocante; así puede decirse: *Tengo por vos un profundo respeto, y toda la estimacion posible.*

En nuestros dias se ha quizá simplificado mucho la fórmula de la suscripcion de las cartas. No es permitido sino entre iguales poner: *Tengo el honor de saludaros.* La fórmula,

tengo el honor de ser, es ménos respetuosa que la de *Soy*, &c.

Las cartas de súplicas ó peticiones deben ser en folio, es decir sobre una hoja de papel en toda su extension; deben estar escritas con medio márgen; los espacios blancos que deben dejarse entre el borde superior del papel y el membrete, y entre este y la primera línea, son muy diferentes segun el grado de superioridad ó inferioridad. Mientras mas grandes, son mas respetuosos. La primera línea debe siempre empezarse al medio de la página, cuando se escribe á una persona á quien se debe respeto. Pero la segunda página comienza una línea mas abajo de donde queda el membrete en la primera. Debe siempre dejarse un espacio en blanco entre las últimas palabras de la suscripcion y el borde inferior del papel. Si no quedase el suficiente, valdria mas reservar una ó dos líneas, para la página siguiente, que faltar á esta consideracion (14.)

La fecha de la carta puede ponerse al principio cuando se escribe á un igual; es un deber ponerla al fin, respecto de sus superiores.

(14) Las mismas reglas deben observarse en la correspondencia oficial.

INDICE.

PARTE PRIMERA.

De la civilidad y sus ventajas.

§ 1. °	Introduccion	PAG.	1
2. °	Carácter de la verdadera decencia.		3
3. °	Cualidades de la decencia.		6
4. °	De las formalidades de la política. De la afectacion. Observaciones esenciales.		10
5. °	La verdadera civilidad exige que se respete á todo el mundo.		13
6. °	Deseo inmoderado de hablar en las sociedades, defecto comun en los jóvenes, y contrario á la civili- dad.		15
7. °	Maneras políticas con que debe adornarse la conversacion.		19
8. °	Visitas. Buena educacion que debe observarse en ellas.		22
9. °	Sobre algunos abusos en la política, y sobre ciertos actos de incivilidad. . .		26

SEGUNDA PARTE.

Ideas generales y particulares sobre la decencia.

§ 1. °	Debilidad del entendimiento. Pe- reza del corazon.	30
--------	---	----

2. ° De las acciones. Honrádez, y del hombre honrado.....	PAG. 31
3. ° De la decencia. De su perfeccion..	32
4. ° De la decencia, virtud rigurosa y necesaria	33
5. ° Mala gracia en los servicios.....	34
6. ° De los defectos de conveniencia..	34
7. ° De las faltas contra la decencia...	35
8. ° Reglas de decencia al levantarse, en el tocador, y al vestirse.....	36
9. ° Extension de la decencia.....	38
10. ° Decencia pública.....	39
11. ° La exageracion contraria á la decencia.....	39
12. ° Pensar justo, y hablar bien.....	40
13. ° De la distraccion.....	42
14. ° De la indecencia de la disputa....	44
15. ° De los convites.....	45
16. ° Decencia en la mesa.....	46
17. ° Decencia que debe observarse en los paseos.....	49
18. ° De las Sociedades, de los círculos y de los conciertos.....	51
19. ° Los malos jugadores faltan á la decencia.	53
20. ° Lugares públicos, espectáculos...	55
21. ° Bailes públicos y particulares.....	58
22. ° De la decencia relativa á uno.... mismo.....	60

- 23 ° Del decoro conyugal.....PAG. 60
 24 ° Decencia doméstica necesaria..... 61

TERCERA PARTE.

De la decencia concerniente al bello sexo.

- § I ° Ventajas que consigue un jóven
 en la sociedad de las mujeres..... 63
 2. ° Leyes de la decencia mas rigurosas
 para las mujeres..... 66
 3. ° De las gracias exteriores y super-
 ficiales..... 67
 4. ° Ambicion ridícula. Necesidad de
 la decencia. Utilidad de una sana
 moral..... 69
 5. ° Del uso de los placeres y de su
 abuso..... 71
 6. ° De la belleza. De la alabanza. De
 los zelos. De los ademanes presta-
 dos y otros &..... 72
 7. ° De las modas. De los modales. Del
 espíritu de imitacion &..... 74
 8. ° Ridículo de la coquetería..... 75
 9. ° Postura de las mujeres en sociedad. 77

CUARTA PARTE.

Sobre el decoro religioso.

- § 1. ° Deberes del hombre hácia la divi-
 nidad..... 80

2. ° Decoro que debe guardarse en los templos.....PAG. 81
3. ° Deberes que han de observarse en los dias destinados al culto divino. 84
4. ° Burlas contra la religion contrarias al decoro..... 85
5. ° Decoro que se debe á sus padres.. 87
6. ° Lo que el hombre religioso debe á sus semejantes..... 93
7. ° Lo que el hombre religioso se debe á sí mismo..... 95

QUINTA PARTE.

- De los preceptos de la decencia... 99

SEXTA PARTE.

De la decencia epistolar.

- § 1. ° Del arte de escribir cartas..... 114
2. ° De las diversas especies de cartas. 115
3. ° Del ceremonial epistolar..... 122
4. ° De la forma interior y exterior de las cartas..... 124

